

EDUARDO VALENZUELA OLIVOS: (1882-1948)

OBRAS: *Una aventura de Manuel Rodríguez; La Epopeya de Iquique; Doña Paula Jara Quemada.*

VERANEANDO EN ZAPALLAR.

ACTO UNICO

La escena representa el patio de la casa de don Procopio Rabadilla. En primer término, a ambos lados, puertas que dan acceso a habitaciones interiores. Alegran el patio numerosas matas de zapallo, con sus frutos, destacándose visiblemente.

Al levantar el telón, don Procopio está sentado leyendo atentamente el diario; doña Robustina examina unos figurines de modas, junto a una mesita de bambú.

Hay varias sillas en amable desorden.

ESCENA PRIMERA

Procopio y Robustina.

Procopio.- *(leyendo un diario).*- “Se encuentran veraneando en Zapallar el talentoso abogado don Procopio Rabadilla, su distinguida esposa doña Robustina Jaramillo y sus encantadoras hijas Amparo, Consuelo y Esperanza. ¡Qué tal el parrafito!

Robustina.- Procopio...no me saques de mis casillas. En lugar de agradecerme lo que hago por prestigiar nuestro nombre... por asegurar el porvenir de nuestras hijas...por darte brillo...

Procopio.- Si...ya lo tengo en la tela de mis trajes.

Robustina.- Intentas burlarte de mí... Procopio vulgar, hombre inútil.

Procopio.- Mujer, no me insultes, si no quieres que...

Robustina.- Infame. Abogado sin trabajo.

Procopio.- *(sin hacerle caso)*.-...Veraneando en Zapallar...Afortunadamente no mentimos porque, este último patio de la casa ostenta unas hermosas matas de esa sabrosa legumbre.

Robustina.- Claro. Muy justo. Muy natural. ¿Qué habrían dicho las amistades si hubieran sabido que nos quedábamos en Santiago?...

Procopio.- Eres insoportable, mujer, con tus pretensiones ridículas. Tan bien que estaría yo a estas horas, dándome un paseo por las piscinas...

Robustina.- Atisbando a las lolas... a las bañistas... Si te conozco, Procopio. Si sé que eres un eterno enamorado.

Procopio.- Exageras, mujer. Lo que hay es que soy aficionado a la geometría, y estudio en el terreno las rectas, las curvas, los catetos y las hipotenusas...

Robustina.- Pues, si quieres estudiar matemática, no tienes más que encerrarte en tu cuarto.

Procopio.- ¡Ay, la suspirada libertad! Y se dice que las mujeres no mandan. Yo no sé qué más pretenden las señoras con sus teorías feministas.

Robustina.- Nosotras somos las mártires del deber...

Procopio.- Y nosotros los mártires para pagar las cuentas de la modista, del lechero y de todo...¡Ah!, esta vida es horrible, desesperante. (*En alta voz y paseándose a grandes pasos*) ¡Cómo encontrar consuelo, cómo hallar una esperanza, en dónde buscar amparo a esta crítica situación...!

ESCENA SEGUNDA

Dichos, Amparo, Consuelo y Esperanza.

Amparo (*entrando*).- ¿Nos llamabas papá?

Consuelo (*entrando*).- Aquí estamos...

Esperanza (*entrando*).- ¿Qué deseas?

Procopio (*primero extrañado, y recordando después*).- Ah, de veras. Me olvidaba, hijas mías, que os llamáis Amparo, Consuelo y Esperanza, aunque precisamente sois lo contrario de esos dulces nombres.

Amparo.- ¿De qué conversabais?...

Robustina.- ¿De qué ha de ser, hijas mías? De nuestra situación: de que tu padre no cesa de protestar por el encierro voluntario a que nos hemos sometido para guardar las apariencias.

Consuelo.- Es una situación atroz...

Esperanza.- Horrible.

Consuelo (*a don Procopio*).- ¿Cómo no lograste, papá, juntar dinero para salir a las playas?...

Procopio.- Porque los juicios son pocos. Ya la gente no litiga como antes. Ya se está convenciendo de la verdad de que “más vale un mal arreglo que un buen pleito”. Y porque finalmente todo os lo habéis gastado vosotras en trajes, zapatos, bailes, etc...

Amparo (*escandalizada*).- ¿Has oído, mamá?

Robustina.- No le hagas caso. Por él ojalá salierais vosotras con trajes de percal, o sin trajes. Vuestro padre no sabe de lujo, ni de distinción (*despreciativamente*), Desciende de la familia de los Rabadilla... mientras que yo soy noble y de antigua estirpe...(con mucha dignidad y orgullo). Soy de los Ja-ra-mi-llos... Entre mis antepasados se encuentran un general y un obispo. Sería pedir peras al olmo, pedirle a tu padre distinción, chic..., savoir faire..., confort. No pertenecerá jamás a la élite...

Procopio.- ¿Quieres traerme el diccionario, Amparo, para ir traduciendo lo que me dice tu madre?...Es una

suerte que me insulte en francés, porque así no me entero inmediatamente...

ESCENA TERCERA.

Dichos y Luchito.

Luchito (*entrando*).- ¿Hay dificultades?

Procopio.- Sí, hijo mío tu madre...

Robustina.- Tu padre era el que...

Luchito.- En fin, la paz se ha restablecido. Me alegro.

Procopio.- ¿Estabas estudiando?

Luchito.- Sí, papá. Inglés. Es difícil, pero ya me va gustando.

Procopio.- Muy bien. Es un ramo útil. Sobre todo para entenderse con los gringos. Tú sabes que siempre andan como nubes por todas partes...

Robustina.- ¿Y cómo andan los repasos de geografía?

Luchito.- Te diré. De la geografía no me preocupo mucho, porque se está modificando constantemente.

Consuelo (*siguiendo la conversación que ha mantenido con sus hermanas en un grupo aparte; en primer término*).- ¿Qué será de Carlos?...

Amparo.- ¿Y de Ernesto?...

Esperanza.- Es terrible no tener noticias de nuestros novios.

Consuelo.- De seguro que irán a Zapallar por vernos.

Amparo.- ¿Y al no encontrarnos, se pondrán a cortejar a otras?

Esperanza.- Por Dios. No quiero figurármelo. (*Siguen conversando entre sí, animadamente*).

Procopio (*a Luchito*).- Es una vergüenza. Reprobado en tres exámenes. Y en cada uno con tres negras.

Robustina.- Si hubiera sido con una solamente, habrías pasado bien.

Luchito.- Lo mismo digo yo. Mi ideal habría sido salir con una sola negra... (*Aparte*). Con una negra pícaro: la Teresita que me quiere mucho... En fin, echaremos un vistazo a la ciudad. Trepemos al observatorio. (*Trepa en la escala que está apoyada en el muro*.) Caracoles. ¿Qué es eso? ¿Una humareda en la casa vecina?...

Procopio (*temeroso*).- Deja ver. (*Sube a la escala*.) ¡Dios mío lo que faltaba: un incendio...Habrá que ir poniendo en salvo los muebles...

Consuelo.- ¡Ay, Dios mío!

Esperanza.- Ampáranos, Virgen de los afligidos.

Luchito.- ¡Qué situación más ridícula!

Procopio (*a Luchito*).- Corre. Grita. Llama a las bombas.

Robustina.- No...No...

Todos.- ¿Eh?...

Procopio.- Pero, mujer, ¿qué pretendes?

Robustina.- Nada, que no podemos salir. (*Imperiosamente*)
...Que no sale nadie.

Procopio.- Pero, ¿Estás loca, mujer?

Robustina.- Nosotros no estamos aquí. Estamos en Zapallar, ¿entiendes? Si la casa se quema, nos quemaremos en ella.

Procopio.- No me agrada la perspectiva...

Amparo.- Pero, ¿qué hacemos?

Consuelo.- Hay que pensar algo.

Esperanza.- Yo me siento mal.

Luchito.- Yo protesto.

Robustina.- Chit...Ni una palabra. El ridículo sería espantoso. A ver, Luchito. Sube al observatorio. Ve si cunde el incendio.

Luchito.- No. El humo disminuye. Parece que el fuego ha sido sofocado por los propios moradores.

Consuelo.- ¡Gracias, Dios mío!

Procopio.- Respiro.

Amparo.- San Antonio Bendito ha hecho un milagro.

Esperanza.- No. Ha sido San Expedito, santo que hace las cosas ligerito.

Amparo.- Yo le hice una manda.

Esperanza.- Y yo también.

Amparo.- Yo un paquete de velas para su altar.

Esperanza.- Y yo otro.

Amparo.- Bueno, papito. Danos la plata para comprar las velas.

Procopio.- Pero, entonces, ¿qué gracia tiene que ustedes hagan la manda?

Amparo.- Es que nosotros ponemos la intención, pero tú pones la plata...

Procopio.- Lo de siempre: yo soy el eterno pagador... Bueno, niñas. Ya se está oscureciendo y es conveniente que os dediquéis a hacer vuestras labores. *(Se van Amparo, Consuelo y Esperanza.) (A Luchito):* Tú, estudiante reprobado, a pesar tus libros. A ver cómo sales en marzo. *(Se va Luchito.) (A su mujer):* Tú querida Robustina, a zurcirme los calcetines. En estos tiempos no se pueden comprar nuevos... Y yo... me largo a la calle.

Robustina.- ¿Eh?

Procopio.- Claro, mujer. A comprar provisiones para el día de mañana.

Robustina.- De veras. Me olvidaba. Bueno. Puedes salir, pero vuelves luego.

Procopio.- ¡Ah, claro! Anda, tráeme el sombrero y el sobre todo.

(Se va Robustina.)

ESCENA CUARTA

Procopio solo. Luego, Robustina.

Procopio *(solo).*- Al fin. Voy a respirar aire, a estar un rato en libertad, lejos de la férula de esta Reina del hogar. Compraré las provisiones de costumbre, las dejaré encargadas donde un amigo de confianza -en casa de Jerez-, en seguida iré a echar una modesta cana al aire y a beber unas copitas con unos buenos amigos que están veraneando como yo. Este Jerez es muy diablo. Anoche me facilitó para los efectos de esta aventura una barba postiza, con la cual podré andar tranquilo, sin que nadie me reconozca. *(La saca del bolsillo y la examina.)* Por cierto que no le he dicho ni una palabra a mi mujer de este disfraz. *(Hace aspavientos y habla mientras oculta la barba en su bolsillo.)*

Robustina *(entrando y sorprendiéndolo).*- ¿Qué es eso?...¿Qué estás hablando solo? ¿Qué significan esos movimientos?

Procopio.- Problemas, hija mía. Problemas...

Robustina.- ¡Ah!

Procopio (*después de ponerse el sobretodo y el sombrero*).- Bueno, mujer. Hasta luego.

Robustina.- No tardes, ¿eh?...Y mucha discreción.

Procopio.- Pierde cuidado. Hasta luego, esposa mía. Robustina...

Robustina.- Válgame, Dios. Lo que cuesta mantener el prestigio de nuestra posición social.

ESCENA QUINTA.

Robustina y Amparo.

Amparo (*entrando*).- ¿Y papá?...

Robustina.- Salió ya, hija mía.

Amparo.- ¡Qué contrariedad! Yo tenía que hacerle unos encargos y...

Robustina.- Los dejas para mañana, entonces. No hay más remedio.

Amparo.- ¡Qué rabia me da no poder salir a la calle; pasar al correo, ver si hay cartas!...

Robustina.- ¿Carta de quién?

Amparo.- De las amigas, naturalmente. (*Aparte.*) Y si hay alguna del novio, tanto mejor ¿Qué será de Ernesto?...

Robustina.- ¿Cómo Ernesto?... ¿No es tu novio Agameón?...

Amparo.- No es: era.

Robustina.- ¿Cómo así?...Expílicate, porque yo francamente no me doy cuenta de estos cambios tan repentinos. Por lo demás eres poco expansiva con tu madre. ¿Quién es ese Ernesto?...¿Dónde lo conociste?...

Amparo.- En casa de los Gómez. Tú sabes que todos los martes tienen sus reuniones. Pues...en una de ellas fui presentada a él. Simpatizamos en el acto... Es un mozo muy guapo, viste muy bien, está empleado en un ministerio. En fin, es un excelente partido. Yo no he querido decirte nada, porque no tenía seguridad de sus intenciones, ni si todo iba a reducirse a simples conversaciones, pero parece que Ernesto piensa seriamente.

Robustina.- Me alegro mucho, hija mía. Pero Agameón...¿Qué irá a decir Agameón?...

Amparo.- Nada. ¿Qué puede decir?... No me gusta ese hombre. No tiene dónde caerse muerto. Es muy antipático. Y luego el nombre que lleva, tan largo y tan feo: A-ga-me-nón. Hágame el favor, mamá, de no hablarme más de él.

Robustina.- Pero de todos modos, habría que darle alguna explicación.

Amparo.- Ninguna, mamá. Porque has de saber también que a tu candidato Agamenón se le ha visto

cortejando a la Rosa del Campo, a la Violeta del Valle, a la Hensia de los Ríos, a la Margarita Montes, a la...

Robustina (*Interrumpiéndola*).- Basta, hija mía. Se ve que ese individuo no es un hombre: es un picaflor. Es un pájaro de cuentas. Has hecho bien en darle calabazas.

ESCENA SEXTA

Dichos, Consuelo y Esperanza.

Consuelo (*entrando*).- No, si quien las ha dado ha sido él.

Robustina.- ¿Cómo es eso?...¿Estabas escuchando? Eso es muy feo.

Esperanza (*a Consuelo*).- Faltas a la verdad. He sido yo la que lo ha despedido. No soy como tú, que desesperas porque no encuentras un novio a tu gusto. A mí me sobran.

Consuelo (*irónicamente*).- Las ganas.

Robustina.- Pero, qué barbaridad. Parece que los sentimientos fraternales desaparecen al tratarse de estos asuntos.

Esperanza.- Es que son muy delicados.

Amparo.- Bueno. Basta. Será como ustedes quieran. Pero es el hecho que yo seré la primera en con-

traer nupcias. Porque lo que eres tú (*refiriéndose a Consuelo*) no te fíes de tu cadetito.

Consuelo.- ¿Te da envidia?...

Amparo.- Lástima. Porque suponiendo que te fuera bien hasta la terminación de sus estudio -lo que sería un milagro-, cuando ingresara al ejército habría que pedir permiso para que se pudiera casar contigo. Son muchos trámites. Hay que gustarle a los padres, a los hermanos, a los tíos, a todos los parientes, y todavía hay que gustarle al gobierno. Es terrible.

Robustina.- Podías aprender de vuestra hermana menor. Tiene más sentido práctico.

Esperanza.- Sí, mamá. Yo no deseo jóvenes arrogantes, guapos, o con vistosos uniformes. Prefiero un señor de edad.

Amparo.- ¡Qué horror!

Consuelo.- ¡Qué atrocidad!

Esperanza.- Un señor de edad, pero con dinero, que me dé lujo, que me dé gusto en todos mis deseos, que me compre joyas, trajes y auto. No desespero encontrarlo.

Amparo.- ¿Pero no te atrae el amor, la juventud, la simpatía que emanan de las miradas cariñosas, la emoción que experimentamos al ver de improviso al ser amado?...

Esperanza.- Sí. Todo eso es muy lindo, muy encantador, muy poético. Pero no se encuentra fácilmente,

y, sobre todo, a nuestro alcance, un novio que sea al mismo tiempo joven rico, e inteligente, y en la imposibilidad de encontrar las cosas al gusto de una, opto por lo práctico, por un señor de edad que tenga dinero.

Consuelo.- Lo que desea ésta (*señalando a Esperanza*) es quedar viuda, joven y con plata. Un partido ventajoso, como dicen los hombres.

Robustina.- Bueno. Basta de charlas, y a descansar. Está un poco fría la noche, y no conviene estar al sereno. Fácilmente se puede coger un resfrío.

Consuelo.- Está bien mamá. Nos vamos. (*se van todas a sus habitaciones.*)

ESCENA SÉPTIMA.

Luchito, solo.

(Saliendo en puntillas de su habitación, y con el sombrero en la mano, en actitud de salir.)

-Nadie. No hay nadie afortunadamente. Lo que es yo me escurro con todo sigilo. Estoy harto de inglés, de matemáticas y de geografía...

(Se va sin hacer ruido.)

ESCENA OCTAVA

Amparo, sola.

(Entrando pensativa.)

Amparo.- -¿Qué será de Ernesto? La última vez que lo vi, fue a la salida de misa...*(Se oye ruido en el patio de una de las casas vecinas.)* *(Alarmada):* ¿Quién podrá ser si no hay nadie allí ahora? ¿Habrá entrado algún ladrón?...

ESCENA NOVENA.

Amparo y Ernesto.

Ernesto *(asomando arriba del tejado, por la casa vecina).*- Soy yo, Ernesto.

Amparo.- Cielos, ¡qué placer! ¿Tú aquí?...Pero, ¿a qué se debe esta sorpresa? ¡Qué vergüenza me da al mismo tiempo!

Ernesto.- Amor mío, “a Zapallar me dijiste que te ibas”, y a Zapallar fui. No estabas. Entonces dije: “Estará en otro Zapallar”... Y, efectivamente, aquí te veo.

Amparo.- Pero, ¿cómo...cómo has sabido?

Ernesto.- Por una casualidad. Verás. Rondaba frente a tu casa, imaginándome verte en los balcones, fresca como una rosa y encantadora como siempre, cuando con gran asombro mío veo salir sigilosamente a tu hermano Luis; ¡tate! me dije. Aquí hay gato encerrado. Y como tocó la

coincidencia que la casa vecina estaba desocupada, aquí me tienes.

Amparo.- Bueno, Ernesto; pero no vaya a verte alguien en esa postura, con lo cual nos comprometerías. Voy a abrirte la puerta de calle y conversaremos unos pocos minutos con más tranquilidad.

Ernesto (*asustado*).- ¡Ay!

Amparo.- ¿Qué es eso?

Ernesto.- Que me parece que tiembla...

Amparo.- De veras. Por Dios, bájate.

Ernesto.- Hasta luego.

(*Ernesto desaparece tras el tejado*).

ESCENA DÉCIMA

Amparo, Consuelo, Esperanza y Robustina.

Consuelo (*entrando*).- Mamá...mamá. Está temblando...

Esperanza.- ¡Dios mío, qué susto!

Consuelo.- Amparo...

Esperanza.- Lucho...

Consuelo.- Salgamos a la calle.

Robustina.- No. A la calle, no. Por nada del mundo.

Consuelo.- Yo me siento mal.

Esperanza.- Las piernas no me sostienen.

Amparo.- Y parece que sigue todavía.

Consuelo.- Con seguridad que va a venir otro remezón.
Nunca viene uno solo.

Esperanza.- Siempre me acuerdo del terremoto de...

Consuelo (*asustadísima*).- ¿No lo decía?...Otra vez...y con un ruido infernal.

Amparo.- Corramos a la calle.

Cosuelo.- Salgamos, sí. (*Llamando*.)Lucho...Lucho...

Esperanza.- Parece que no está. ¿Habrá salido?

Robustina (*imperativa*).- Bajad la voz, y estaos quietas. Aprended de vuestra madre... (*Aparte*), que tampoco las tiene todas consigo.¿No veis?...Ya pasó. (*Pequeña pausa*.) ¡Ea! A recogeros, niñas, que ya es hora de entregarse al reposo. En cuanto a ese insubordinado de Lucho...mañana arreglaremos cuentas.

Consuelo.- Cualquiera duerme tranquila.

Esperanza.- Esta vida es insufrible.

Robustina.- Basta de rezongos.

Consuelo.- Cualquiera encuentra marido con esta situación.

Esperanza.- Nadie quiere casarse...

Robustina.- Paciencia, hijas mías.

Consuelo.- Buenas noches, mamacita.

Esperanza.- Que reposes bien.

Robustina.- Lo mismo digo, hijitas. Hasta mañana.

(Se van primero Consuelo, Amparo y Esperanza por distintas puertas; luego, Robustina.)

ESCENA UNDÉCIMA

Amparo, sola.

(Saliendo de su cuarto y entrando a escena de puntillas.)

Amparo.- -El pobre Ernesto debe estar esperándome. Voy a abrirle la puerta y charlaremos un momento. En seguida vuelvo.

ESCENA DUODÉCIMA.

Amparo y Ernesto.

Amparo.- Chit...Calladito. Que nadie se entere.

Ernesto.- Nadie, alma de mi alma... *(le declara cómicamente su amor)*

.....
Amparo.- ¿Y cuentas ya con algo para nuestra boda?...

Ernesto.- Cuento con la muerte de mi tío y padrino Sebastián, que, como no tiene familia y me profesa un cariño entrañable, me instituirá su único heredero.

Amparo.- ¿Y tendremos que esperar que fallezca para ver realizados nuestros ideales?...¡Qué triste y fúnebre es eso!

Ernesto.- La vida es así (*filosóficamente*). “De la muerte nace la vida, en una constante renovación...” que sería largo explicarte...porque los minutos son preciosos. ¿Me quieres mucho, verdad?

Amparo.- ¿Y me lo preguntas, ingrato? Te amo locamente. Pienso en ti a todas horas. Sueño contigo casi todas las noches.

Ernesto.- ¿Qué sueñas? Dime.

Amparo.- Sueño que yo estoy toda vestida de blanco, tú de frac, correctísimo, y frente a nosotros...el sacerdote bendiciéndonos. Cincuenta automóviles lo menos, esperando afuera en la calle la salida de la concurrencia...

Ernesto.- Yo sueño lo mismo, pero en una parroquia humilde. (*Aparte*) Así se gasta menos.

Amparo.- ¡Qué ocurrencia! Y, ¿el qué dirán?

Robustina (*adentro*).- Auxilio... Amparo... Consuelo... Esperanza.

Amparo.- Virgen santa. ¿Qué ocurrirá?... Escóndete aquí. En seguida saldrás. Yo te avisaré. ¿Qué pasará?...(*Ernesto se oculta entre las plantas*). ¡Ay, qué susto!

ESCENA DECIMOTERCERA.

Amparo, Consuelo, Esperanza y Robustina.

Consuelo (*entrando*).- ¿Qué ocurre?

Esperanza (*entrando*).- ¿Qué pasa?

Robustina (*entrando rápidamente, con bata y gorro de dormir, presa de un verdadero pánico*).- Hijas mías... algo terrible... No puedo hablar...

Amparo.- Pero, ¿qué sucede? Explícate, por favor.

Robustina (*con palabras entrecortadas*).- Sucede que hay ladrones...hay ladrones en la casa.

Consuelo.- ¡Dios mío!

Esperanza (*asustadísima*).- Huyamos.

Robustina (*prosiguiendo su relato*).- Un bandido... barbudo y siniestro... quiso introducirse en mi dormitorio.

Amparo.- ¡Qué horror!

Consuelo.- Y, ¿dónde está?

Robustina (*desfallecida*).- No lo sé, hijas mías. No he tenido fuerzas sino para salir afuera para llamaros.

Esperanza.- Llamemos a la policía.

Robustina (*sobreponiéndose a su propia turbación*).- No. Eso no. Sería para que el ridículo cayera sobre nosotras. Ustedes saben que no estamos aquí. ¿Entienden? Estamos en Zapallar, de manera que si nos roban, debemos dejarnos robar.

Amparo.- Pero, mamá...

Consuelo.- Debemos hacer algo.

Robustina.- Si hubiera un hombre a quien acudir...

ESCENA DECIMOCUARTA.

Dichos y Ernesto.

Ernesto (*presentándose bruscamente, al oír las últimas palabras*).- A sus órdenes, señora.

Consuelo.- ¡Uy!, el ladrón... (*corre desesperada*).

Esperanza.- Huyamos.

(Consuelo y Esperanza se van, dando gritos. Doña Robustina cae desmayada en un sillón. Ernesto no halla qué hacer. Amparo está toda confundida).

Ernesto.- Pero, Amparo mía ¿qué ocurre?

Amparo.- (*sobresaltada*).- Ocurre que...hay ladrones en casa, y no hallamos cómo expulsarlos. Estamos solas. Toca la casualidad que Lucho y papá salieron. ¿Qué hacer?

Ernesto.- Ante todo, serenidad...calma, yo lo prenderé.

Amparo.- Gracias, Ernesto mío. Gracias.

Robustina (*volviendo en sí*).- ¿Se fue el ladrón ya?...

Ernesto (*respetuosamente*).- Señora...

Robustina (*cayendo nuevamente en el sillón*).- Por favor, no me mate usted.

Ernesto.- No, señora. Si no pienso en matarla. Usted está equivocada. Yo soy Ernesto, que amo a su hija Amparo, y he venido aquí a salvar a usted y a los suyos de la audacia de los bandoleros.

Robustina.- ¿Es verdad, hija mía?...

Amparo.- Sí, mamacita. Es mi novio.

Robustina.- ¡Oh, caballero! ¿Cómo le podremos pagar este favor? Busque usted al ladrón y échelo fuera...sin que se entere la policía, sin que se entere nadie.

Ernesto.- Bien, señora. Acato sus órdenes. Voy a proceder a registro de las habitaciones. Mientras tanto, ocúltese usted con Amparo y no salga hasta que yo la llame.

Robustina.- Bueno. (*Aparte.*) Estoy más muerta que viva.
(*Se van Amparo y Robustina.*)

ESCENA DECIMOQUINTA.

Ernesto, solo.

Ernesto- Lo malo es que no traigo arma alguna. (*Se registra los bolsillos.*) ¿Y si el bandido lleva puñal?... (*Pausa*) ¡Ea!...ánimo...resolución. (*Dirigiéndose a una puerta y retrocediendo.*) Pero no. No me atrevo... ¡Qué falta me hace mi revólver! Hay que tener presente que está empeñado...mi amor propio, mi honor de caballero. Debo, pues, afrontar la situación. ¿Qué hacer? La verdad es que yo, al salir de casa, no me figuré el lío en que iba a meterme. Pero, por ella, estoy dispuesto a todo. Moriré por ella como un paladín de los tiempos heroicos. (*Transición*). El escándalo que voy a formar si el ladrón pretende atacarme, no va a ser para contarlo. La verdad es que tengo miedo de penetrar en las habitaciones. Yo preferiría esperarlo aquí, en el patio. Aquí hay más cancha, más campo para la lucha...y para huir en caso necesario. Pero no. Huir no. ¿Qué diría mi Amparo?... Debo mostrarme ante sus ojos como un valiente. Venga, pues, como revólver improvisado: la llave de mi casa. Con ella apuntaré al bandido, si se atreve a presentarse.

ESCENA DECIMOSEXTA.

Ernesto y Amparo.

Amparo.- ¿Lo encontraste, Ernesto?

Ernesto.- No. Todavía no; pero estoy buscándolo... Debe estar escondido, ¿sabes? Posiblemente me ha visto y ha dicho para sí: voy a tener que habérmelas con un hombre... “ésta no es conmigo”... Y se ha ocultado.

ESCENA DÉCIMOSÉPTIMA

Dichos y Robustina.

Robustina (*entrando*).- ¿Encontró usted al bandido ya?

Ernesto.- Todavía no, señora, pero estoy buscándolo. Debe haberse escondido, posiblemente debajo de las camas, porque no se apuesto al alcance de mi vista.

Robustina.- Búsquelo pronto, señor, para salir de esta situación angustiosa.

Amparo.- Sí Ernesto mío, búscalos, pero no arriesgues tu vida. Tú sabes que ella me pertenece.

Ernesto.- Voy, amada mía voy. (*Con un gesto heroico.*) Empiezo a registrar las habitaciones... (*aparte*) y empiezo a sentir un temblor de piernas que no puede sostenerme. (*Entra por una puerta lateral.*)

Amparo.- Tranquilízate, mamá, por Dios. Ya ves. Ahora no estamos solas. Tenemos quién nos defienda. Y Ernesto es un valiente, no cabe duda.

Robustina (*asustada*).- Escóndete, hija mía. Escóndete.

Amparo.- ¿Qué hay?...

Robustina.- El bandido... ¿ves?... El bandido... el hombre barbudo (*se refiere a Procopio, que entra pensativo a escena, sin verlas*).

Amparo (*corriendo a ocultarse con su madre en el costurero*).- ¡Virgen santa!

ESCENA DÉCIMOCTAVA

Procopio, solo. Luego, Ernesto.

Procopio (*entrando; trae puesta la barba postiza, el cuello del sobretodo levantado, lleno de tierra; en una palabra, está inconocible. Viene bastante bebido.*) -Yo no sé qué le ha dado a mi mujer... por huir de mí. El hecho de que yo haya tomado unas copitas... no es motivo suficiente para que huya así. La verdad es que bebí mucho. Cosas de Jerez... que me retuvo en su casa más de lo que yo pensaba.

Ernesto (*entrando*).- ¡Caracoles!...aquí está el ladrón...(*Dirigiéndose a Procopio.*) ¡Miserable... (*Apuntándole con la llave.*) Salga usted afuera... o, de lo contrario, hago fuego...

Procopio.- Pero, hombre, ¿quién es usted? ¿Por qué está aquí?...

Ernesto.- Eso es lo que yo le pregunto a usted... so bandidero... Y no se acerque más...porque disparo...

Procopio.- Habrase visto.

Ernesto.- Salga de esta casa inmediatamente.

Procopio (*aparte*).- Pero... ¿estoy soñando?... ¿O me habré equivocado de casa?... Como veo medio turbio. Pero no. Por el zapallar la reconozco.

Ernesto (*aparte*).- Vacila, tal vez, entre fugarse o atacarme. ¿Irá a sacar sus armas?

Procopio (*bruscamente*).- Caballero..., tendrá usted que explicarme cómo se encuentra aquí.

Ernesto (*retrocediendo*).- No tengo que explicarle nada. Salga usted a la calle...

ESCENA DÉCIMONOVENA

*Dichos, Consuelo, Esperanza y un carabinero.
Luego, Amparo y Robustina.*

Consuelo (*entrando*).- Por aquí...

Esperanza (*entrando*).- Pase usted.

Carabinero (*entrando*).- ¿Dónde está el ladrón?...

Procopio (*señalando a Ernesto*).- Ahí...

Ernesto (*señalando a Procopio*).- Este es...

Carabinero.- ¿En qué quedamos? ¿A cuál me llevo preso?...

Consuelo (*en la duda*).- Llévase a los dos.

Amparo (*entrando*).- No. Eso no. Carabinero, el ladrón es ese hombre barbudo. ¿Verdad, mamá?

Robustina (*que ha entrado con Amparo*).- Sí, carabinero. Ese hombre es el que quiso introducirse en mi cuarto.

Procopio.- Naturalmente.

Carabinero.- Entonces hay circunstancias agravantes: robo nocturno, con premeditación y alevosía.

Procopio (*aparte*).- ¿Pero es que estoy soñando?...No, la culpa la tiene Jerez que me hizo tomar tanto.

Ernesto.- Concluamos.

Robustina.- Sí, sáquelo usted fuera (*aparte al carabinero*) y déjelo en libertad. No queremos que se pase parte.

Carabinero (*aparte*).- Este es un lío.

Procopio (*a Robustina*).- Bueno. Dejémonos de bromas y vamos a acostarnos, hijita.

Robustina.-¿Otra vez?

Ernesto.- Yo lo mato. (*Apunta con la llave.*)

Amparo (*interponiéndose*).- No. No lo mates. Por favor, Ernesto mío.

Procopio.- ¡Ah! Con que “Ernesto mío” ¿eh? Muy bien, muy bien.

Robustina (*aparte*).- Esa voz...

Carabinero.-Basta de escándalos. Vámonos para la comisaría. (*Toma a Procopio de un brazo*)

Ernesto.- Sí. Eso es.

Procopio.- Pero, Robustina, ¿permites que me lleven preso?...

Consuelo (*extrañada*).- Sabe su nombre...

Procopio.- ¿No me conoces? Soy tu marido.

Robustina (*dudosa*).- ¿Procopio?... ¿Pero esa barba?

Procopio.- De veras. No me la había quitado. (*Se la quita.*) Ha sido un olvido. Como tengo la cabeza trastornada...

Robustina.- ¿Era postiza?

Procopio (*aparte a Robustina*).- Sí. Me la puse para que no me reconocieran; para guardar el incógnito, por obedecerte.

Ernesto (*aparte*).- ¿Cómo explicar?... (*Queda pensativo.*)

Procopio (*a Robustina*).- Y luego, hija mía, que la verdad se ha de decir: pesé a tomar unas copitas.

Robustina.- ¿Y el susto que me has dado?

Procopio.- Se pasará. Pasará. Como a mí también se me pasará...la borrachera.

Ernesto *(aparte a Amparo).*- ¿Y qué hago yo en esta situación?

Amparo *(aparte a Ernesto).*- Pedirle perdón, naturalmente, y en seguida pedirle mi mano. La ocasión la pintan calva.

Ernesto *(aparte para sí).*- No me queda otro recurso. *(Arrodillándose.)* Perdón, papá.

Procopio.- ¿Cómo es eso de “perdón, papá”?

Ernesto.- Sí, señor. Yo amo a su hija locamente. Yo deseo hacerla mi esposa, ante Dios y ante los hombres, con todos los requisitos legales.

Procopio *(indignadísimo).*- Sinvergüenza. ¿Y me quería asesinar y echarme a la calle? Carabinero, lléveselo preso. *(El carabinero intenta llevarse a Ernesto.)*

Amparo *(interponiéndose).*- No, eso no. Papacito lindo. Perdónalo. Si no nos perdonas..si no consientes en nuestra unión...moriremos...

Robustina.- Perdónalos, Procopio... En lo que solicitan, llevan la penitencia.

Procopio.- ¿Pero, usted cuenta con algo?...

Ernesto.- Sí, señor, cuento con... Bueno le diré. Yo soy de familia rica y, aparte de esto, estoy ocupado

en el ministerio. Luego me van a ascender, tengo personas influyentes que podrán conseguirme un puesto de importancia, con una renta apreciable, y nada nos faltará...

Procopio.- Vaya vaya... Los perdonaré. ¡Qué hemos de hacerle! (*Los abraza*)

Carabinero.- ¿De manera que no hay ladrones ni hay nada?...

Ernesto.- Sí, los hay: (*por Amparo*) esta niña, que me ha robado el corazón.

Procopio (*refiriéndose a Robustina*). Y esta mujer que me roba la libertad.

Carabinero.- Bueno, dejarse de bromas, que no estoy para pláticas. Yo voy a pasar el parte...

Robustina.- No. No. (*A Procopio*). Pásale algo para que no dé un escándalo. Es preciso que todos ignoren lo que ha ocurrido aquí.

Procopio (*al carabinero*).- Tome, joven... (*le pasa dinero*) para cigarros, y para un trago si a mano viene.

Carabinero.- Se agradece. Buen dar con las cosas que pasan.

Robustina.- Bueno. Adiós. Y mucho silencio.

ESCENA VIGÉSIMA.

Dichos, menos el carabinero.

Procopio (*dirigiéndose a Robustina*).- Y ahora, hija mía, convendrás conmigo en que así no se puede vivir...

Consuelo.- Pasamos en constante zozobra.

Esperanza.- En perpetua alarma.

Amparo.- Incendio, temblores, ladrones... Es un martirio estar encerrada. Volvamos a Santiago mamá. Es decir, ya que estamos en él, volvamos “socialmente” por medio de los periódicos.

Robustina.- Bueno. Ya está. ¡Qué ha de hacerse! Acepto. (*A Consuelo*.) Escribe, hija mía.
(*Consuelo se sienta a la mesa, toma un block y se dispone a escribir*.)

(*Dictándole*): “Han regresado de Zapallar el eminente abogado don Procopio Rabadilla, su distinguida esposa doña Robustina Jaramillo y sus encantadoras hijas Amparo, Consuelo y Esperanza.”

Armando Moock: Exitoso dramaturgo chileno que nació en Santiago en 1894 y falleció en 1942 en Buenos Aires, ciudad donde trabajó por casi dos décadas. Se destacó por sus obras sobre la comedia burguesa y practicó todas las convenciones de la época. Entre sus escritos figuran: *La serpiente*, *El heredero*, *Del brazo y por la calle*, *Penitas de mujer*, *Los siúuticos*, *misericordia*, *La fiesta del corazón*, *Natacha*, *Era un muchacho alegre...*, *M. Ferdinand Pontac*, *El castigo de amar*, *Cascabel*, *cascabelito*, *El mundo y yo no estamos de acuerdo*,. *Yo no soy yo*, *Las amigas de Don Juan*. *Estoy solo y la quiero*.

UN CRIMEN EN MI PUEBLO

Comedia policial en un acto.

PERSONAJES:

DOÑA CUCHA
ROSAURA
EL LECHUZA
GERARDO
PEÑALOZA
CARABINERO FILIDOR
CARABINERO PEÑA
CHARO
CHUECO MENA
ADELA.
DAMIÁN.

La escena representa una pieza de un hacendado en un pueblito del sur de Chile. Al fondo, a la izquierda, una ven-

tana que da a un patio. En el lateral izquierdo una puerta que da a la pesebrera. En lateral derecho, dos puertas, la última da a la calle, y la primera, a habitaciones interiores. Cuelgan en paredes algunos grabados en colores recortados de revistas y representando escenas patrióticas y dos anuncios, uno de ellos del salitre y el otro de una marca de máquinas trilladoras. Junto a la ventana una mesa escritorio, con su sillón; algunas sillas dispersas por la habitación, en un rincón herramientas, aperos de montar y un bracero con lumbre bajo la mesa.

Son las ocho horas de una mañana neblinosa de invierno. El teatro está completamente a oscuras; antes de levantarse el telón suena un tiro, y a poco se comienza a escuchar la voz de doña Cucha.

VOZ DE DOÑA CUCHA.- Socorro!! Socorro!! Auxilio!!!
(se levanta el telón y aparece en escena doña Cucha, que desatinada grita por puertas y ventanas la noticia).

DOÑA CUCHA. .-Socorro!! Han matado al patrón!!!
Han matado a don Damián. Socorro!!! (En efecto, recostado en el sillón, con el sombrero de anchas alas puesto, aparece don Damián inmóvil. En un extremo de la mesa se aprecia un revólver. Uno de los batientes de la ventana esta abierto y un cristal perforado por una bala).
Misiá Rosaura, socorro!!! Don Gerardo!!! Socorro!...

ROSAURA.- (Mujer joven, esposa de Damián, que entra a medio vestir, en babuchas). ¿Qué ocurre doña Cucha?

DOÑA CUCHA. - (Mostrando al escritorio). El patrón, misiá Rosaura.

ROSAURA.- -¡¡¡Dios mío!!! ¡¡¡Damián!!!

DOÑA CUCHA. -Lo han matado.. ahí el vino.., por la ventana.

ROSAURA.- ¿Quién? ¡¡¡Dios mío!!! Pronto, Cucha... Un médico ... Avisen al retén... ¡Gerardo! (*Va a la puerta a llamar*).

DOÑA CUCHA.- Sí; en seguida! (*Inicia el mutis en el momento que entra El Lechuza, uno de los mozos*).

EL LECHUZA - ¿Qué le pasa, doña...?

ROSAURA - Corre a llamar al Sargento Peñaloza...

DOÑA CUCHA. - ¡... y al doctor que han matado al patrón!...

EL LECHUZA - ¡Dios me ampare! (*Se persigna*). ¡al tiritito! (*Mutis el Lechuza*).

ROSAURA.- ¡Corre! Llame a la Adela, doña Cucha...

DOÑA CUCHA - Está en misa...

ROSAURA.- ¡Válgame Dios! ¡Y cómo ha podido ser esto! ¿Quién? (*Yendo a la segunda puerta a la derecha*). ¡Gerardo! ¡Gerardo!

GERARDO.- (*A medio vestir y arrebosado en un poncho*). ¿Qué pasa con Gerardo y con tanta gritería?

ROSAURA.- Su papá... ¡Damián!...

GERARDO.- ¿Qué le pasa al viejo?

ROSAURA.- (*Echándose a llorar*). ¡Que lo han matado, Damián! ¡Mire!

GERARDO.- ¿Quién? ¿Cuándo?... ¿Cómo?...

ROSAURA.- Un tiro... ahí... (*Tratando de acercarse*). ¡Gerardo! Háblame!

GERARDO.- ¡Aguárdese! ¡No lo ataque!... (*Yendo junto al caído*). Oiga don... caallero... (*Pausa*). ¡Es cierto, no más! ¡Cayó en su ley!...

ROSAURA.- ¡Dios mío Gerardo! ¡Qué desgracia! ¡Pobre de mí!

DOÑA CUCHA.- ¡Por Diosito santo! ¡Mi patrón! (*Ambas mujeres gimen*).

GERARDO.- Güeno, güeno! Ta güeno! Con griteríos no se arreglan las cosas... Que llamen a Peña-loza y al doctor...

ROSAURA.- Ya fue El Lechuza a avisar... ¿Usted cree Gerardo que está muerto, Damián?... ¡Damián!

GERARDO.- ¿Qué no oye que le igo que no lo ataque ...

ROSAURA.- Pero es que no es posible, Gerardo; si no hacia ná que vino al escritorio...

GERARDO.- A caa uno le llega su hora! ¿Quién lo vio primero?...

DOÑA CUCHA. - Yo; Virgen Santísima; yo don Gerar-do...

GERARDO.- Y quién jué?

DOÑA CUCHA.- No lo vide; no vide a naides ... Yo le había estao cebando unos mates

GERARDO.- ¡Cebando unos mates! ... ¿Estaba solo el caallero? ..

DOÑA CUCHA.- ¡Solita su alma! Cuando juí pa la cocina a cebarle otro mate y cuando taba allá, oyí un tiro y el ruío del virío roto; pegué la carrera pacá y lo vide queido sobre la mesa, mesmamente como está agora ... Virgen Santa de los Dolores!

GERARDO.- ¡Güeno! ¡Güeno! ¡Vaya pala cocina! ... ¿Y usted? (*Con mucha sorna a Rosaura*). '¿ Y usted no sabe quién ha sio? ... (*Mutis doña Cucha*).

ROSAURA.- ¿Yo, saber? Yo estaba en cama ... Pero si supiera ...

GERARDO.- En cama ... ¡Ahá! No sabe naa ... no ha visto naa ...

ROSAURA.- ¡Nada! ¡Es espantoso!

GERARDO.- ¡Ta güeno! ¡Ahá! (*Da vueltas alrededor de la mesa mirando de reojo a Rosaura*). En la cama ¿no? ...

ROSAURA.-¿Qué me quiere decir? ¡Hable! ¡Diga! ¿Qué?

GERARDO.- ¿Yo? ¿qué el de icir yo?... ¡Naa, mayor- men-

te!... ¿Qué le parece a usted que quería icir?...

ROSAURA - ¿ Y usted no oyó el tiro?

GERARDO.- No, pues! Es por eso que le pridunto si no sabe quién mató al caallero, su finao esposo...

ROSAURA - ¡Gerardo!

GERARDO.- Por mí no se me ponga nerviosa...

EL LECHUZA.- (*Entrando*). Aquí viene el sargento Peñalozza...

ROSAURA - Que pase...

EL LECHUZA.- El dotor no está na en la casa.

GERARDO. - (*Yendo a recibir a Peñalozza*). Pase mi sargento...

VOZ DEL SARGENTO PEÑALOZA.- Despéjeme a toa la palomillé. (*Entra*).

PEÑALOZA- Con que han matao a mi señor don Da-mián...

ROSAURA.- Sí; por eso lo mandé llamar, sargento...

PEÑALOZA - (*En la puerta*). Carabinero Filior; plánteseme en esa puerta y no me eje entrar a naides ni pa entro ni pa juera! ¿Me oye? ¡Güeno! Y al arabinero Peña que se estaque en el portón del coche con sgná de darle guaraca al que se desacate. No dentra ni sale naides! (*El Lechuza intenta irse*). Alto! ¿Pa onde vay vos? ¿No estay oiendo que ei dicho que de aquí no se menea

naides?

LECHUZA -Es que ió... mi sargento, iba a buscar al dotor...

PEÑALOZA.-¿Y qué esperai, boquiabierto, pa ir a trae lo?...

LECHUZA.- Pallé iba...

PEÑALOZA - Calleuque y treime d´ un ala al dotor...

LECHUZA . - Si, mi sargento... (*Mutis corriendo*)

PEÑALOZA . - (*En la puerta*). Arabinero Filior; déle sali-da al faucioso... (*Volviendo*). Conque me afiambraron a mi señor don Damián!... ¡Aj! ¿Y cómo jué?

GERARDO.- No lo sabemos

PEÑALOZA.- ¿Usted tampoco, doña ... ? (*Pausa*). Ta güeno! No se me aflija doña, porque el que mató al finao se las va a tener que ver con el sargento Peñaloza. ¿M' y oyen? Güeno!

GERARDO.-Parece por su tono que nosotros fuéramos los asesinos

PEÑALOZA.- Pa mí toos son asesinos hasta que no tengo apernaio al occiso. (*Gran venia al cadáver*). Conque sentao! ¿Quién lu encontró?

ROSAURA- Doña Cucha fue..

PEÑALOZA.- Vamos a emprencipiar por oí prencipio. (*Yendo a la puerta*). Arabinero Filior: chiffile al arabinero Machuca pa que lo releve y se viene pacá que vamos a hacer aparta y a parar rodeo

ROSAURA.-Esto es terrible, sargento; si usted me permite yo me retiro a mi cuarto

PEÑALOZA.- Para too va a haber tiempo mi señora doña...
Asiéntese aquí

ROSAURA.- Es que yo.....

GERARDO.- Yo también quisiera vestirme.

PEÑALOZA.- Calleuque too el mundo! Aquí tallo yo solito y hablo yo: y ya saben que cuando el burro rebuzna los demás cierran a java... (*Entra el Carabinero Filidor y se cuadra en la puerta*). ¡Arabinero Filior: firm.! ¡Ah! Ah! Arréeme a toos los que encuentre en la casa sin distinción de seu-so ni edá.

CARABINERO FILIDOR.- A la orden, mi sargento! (*Mutis Filidor por /a izquierda*).

PEÑALOZA.- Van a ver quién es Peñaloza. D'y aquí yo salgo pa Santiago con el asesino y ascendio. O es que se creen que no hay más teutives que los ingleses? ¡Ah! A ver; ¿a atocao alguien al de junto?

GERARDO.- Nadie!

ROSAURA .- Yo me acerqué pero...

GERARDO.- Tuve buen cuidado de indicarle que no tocara nada...

PEÑALOZA -¿Usted? ¡Ta güeno! Con usted voy a tener un palabreo, más rato...

GERARDO- ¡Cuando quiera!

PEÑALOZA -No se me empale porque le pue ligar d' iavel

CARABINERO FILIDOR.- (*En la puerta*). Aquí están toos los que encontré en la casa.

PEÑALOZA.-¡Que dentren! (*A indicación de Filidor entran, doña Cucha y la Charo, una sirvientita*). ¡Amonónense aquí! ¿Estos son todos?

FILIDOR.- Toos, mi sargento.

GERARDO- El Lechuza fue a buscar al...

PEÑALOZA .- Ya sé. Falta misiá Adelita.

CHARO.- Jué a misa.

PEÑALOZA.-¡Conque a misa la niña! De moo y manera que... Vamos a proceder a reconstrucción... Arabinero Filior; cuáírese en la puerta. Empeciamos. (*Llanto de Cucha*). Eje la llantina pa espúes. Atraque pacá sin mieo. Icen que jué usted la que descubrió el pastel...

ROSAURA.- Doña Cucha me llamó...

PEÑALOZA.- Usted se calla. Que hable la veterana.

DOÑA CUCHA.-Como toas las mañanas el patrón me llamó pára que le cebara mate...

PEÑALOZA.- ¿Taba la ventana abierta?

DOÑA CUCHA.- No me afijé.

PEÑALOSA.- Malo pa usted. Siga...

DOÑA CUCHA.- ¡Ay, Dios mío!

PEÑALOZA - Ailante. ¿No notó na raro?

DOÑA CUCHA.- Náa. Le traje dos o tres mates...

PEÑALOZA.- ¿Taba solo él? ¿No dentró naiden?

DOÑA CUCHA.- Solo. Creo que El Lechuza dentró.

PEÑALOSA.- Que me lo traigan! ¡Ah! ¡Ya lo agarraré!

DOÑA CUCHA.- Yo no creo que haya sio él...

PEÑALOZA.- ¡No le pridunto!

DOÑA CUCHA.- El patrón taba contando plata...

PEÑALOSA.- ¿Contando plata? ¿Onde está la plata?

DOÑA CUCHA.- Yo no sé na, por Diosito!

ROSAURA.- Hoy era el día de pago en el campo...

PEÑALOZA.- ¡Aquí no encuentro ni cobre! Arabinero Filior, tome nota; falta la plata. Móvil: robo Ailante ¡flora!

DOÑA CUCHA. -Me juí a la cocina a cebarle otro mate...

PEÑALOZA.- ¿Onde estaba El Lechuza?

DOÑA CUCHA.- Ensilando los caallos pa dirse al campo con el patrón...

PEÑALOZA.- De moo que entre mate y mate... (*Va a la ventana y señala*). ¿Ahí estaba El Lechuza?

DOÑA CUCHA.- ¡El mismo!

PEÑALOZA.- El virio roto... el fiambre acá... Ailante!

DOÑA CUCHA.- Taba con a tetera en la mano cuando sonó el tiro y la quebrazón: pegué la carrera pacá y vide al patrón ahí... (*Rompe a llorar*). No atiné más que a gritar..

PEÑALOZA.- ¿Y el rigólver, onde estaba?

DOÑA CUCHA.- ¿El rigólver? El estaría...

PEÑALOZA - ¿Lo vio o no lo vio?

DOÑA CUCHA.- Lo vide.

PEÑALOZA.- ¿Y no vio arrancar a naides?.

DOÑA CUCHA.- A naides.

PEÑALOZA.- ¿Al tiritito vinieron toos?

ROSAURA.- Yo sentí las voces...

PEÑALOZA.- ¿Onde estaba usted?

ROSAURA.- En la cama.

PEÑALOZA.- ¿En la camita, no? ¿Y oyó el tiro?

ROSAURA.- Oí pero no le di importancia. Cuando me llamó doña Cucha salté de la cama y corrí... luego vi no Gerardo...

PEÑALOZA.-(A Gerardo). ¿Por qué demoró tanto cuando era el varón, el que tenía que llegar primero, ah?

GERARDO.- Yo estaba durmiendo...

PEÑALOZA.- ¡La mona. La mona de anoche!

GERARDO.- ¡Así será!

PEÑALOZA.- ¡Así es! Usted anoche en casa de las Garzas se perdió al monte 78.00 pesos. A mí no se me escuende naa...

GERARDO.- ¿Y qué?

PEÑALOZA.-Y antier perdió 23.50 a la rayuela en la puerta del almacén del turco...

GERARDO.- ¿Y qué?

PEÑALOZA.-La rucia Elvira anda con vestio y ojotas nuevas...

GERARDO.- ¿Y qué?

PEÑALOZA.- ¿Qué d' y onde saca taanta plata igo yo? Usted no hace ná; el de junto no era ná generoso, y con usted no estaba naíta e contento...

ROSAURA.- Pero solía darle sus pesos... por algo es

su hijo...

PEÑALOZA.- ¡Conque solía arle! ¿Ah? ¿Onde está la plata que estaba contando el dejunto? Onde?

GERARDO.- No irá a suponer que yo...

PEÑALOZA.- Yo no asupongo y ni no asupongo naa: pridunto y ouservo!

GERARDO.- Averigüe, entonces.

PEÑALOZA.- ¿De quién es este rigólver?

GERARDO.- ¡Mío no es!

DOÑA CUCHA.- Ni del patrón tampoco era...

PEÑALOZA.- ¿Nu es del occiso? ¡Ahá!

ROSAURA.- El revólver de Damián lo tengo yo escondido.

PEÑALOZA.- ¿Lo tiene usted escuendío?

ROSAURA.- Sí. El pobre Damián era tan arrebatado de genio que yo tuve miedo...

PEÑALOZA.- ¡Ya las voy parando!...

DOÑA CUCHA.- Yo mesma le aconsejé a la patrona que le escondiera el arma.

PEÑALOZA.- ¿Por qué?

ROSAURA.- Porque hace unos días, y por segunda vez, tu-

vo una agarrada con el Chueco Mena porque se le había perdido una vaca; se fueron de palabras, el Chueco lo amenazó y él también...

PEÑALOZA.- ¡Ay, hijuna! ¡Y no empezaron por ahí! ¡El Chueco canalla lo amenazó. Ganas le tenía yo a ese! ¡Aquí me las va a pagar toas! ¡Frentista el caallero! (*Corre a la puerta*) ¡Arabinero Peña! Chíflele al arabinero Rojas pa que al tiro me busque y me traiga, esté onde esté y ande onde ande al Chueco Mena. Sí se desacata: miembrillo con él; y si juye, le coloca las cinco de la de reglamento. ¡Al trote, march!

VOZ DE PEÑA.- ¡A la orden, mi sargento!

PEÑALOZA.- (*Volviendo*) ¿Tan seuros que él arma no es del de junto?

TODOS A UNA.- Seguros!

PEÑALOZA.- (*Después de mirar el revólver sobre la mesa saca su pañuelo*). Lo voy a agarrar con el pañuelo por si tiene los deos del criminal y pa que no se despinten. Se lo voy a mandar a don Waldo pal eusamen... (*Lo huele*) Huele a tiro fresco! (*Lo abre*) Falta un tiro... ¿De quién es este rigolver? (*Silencio*).

GERARDO.- Será del Chueco digo yo?

PEÑALOZA.- ¿Y el arma del de junto onde está, señora doña?

ROSAURA.- En el fondo de mi baúl, en la pieza. ¿Quiere que lo vaya a traer?

CHARO.- Yo iré, misiá Rosaura.

PEÑALOZA.- No. Naidés sale de aquí. Arabinero Filior:
vaya a la pieza de la patrona y traiga el arma.

FILIDOR.- A la orden, mi sargento. (*Inicia el mutis*).

PEÑALOZA.-Arabinero Filior: el rigolver naa más.. Guarde con l'izquierda (*Mutis Filidor*). Y usted (*a la Charo*). En vez de hacerse tan la comedida sería más mejor que no se anduviera a l'oscuro lachiando con el hijo de Demetrio.

CHARO.- ¿Yo?

PEÑALOZA.-Usted pus, mi alma; ¡la tengo bien cacheíta!

CHARO.- Güena cosa con mi sargento Peñaloza, cualquiera diría que yo l'hubiera dispreciao.

PEÑALOZA.- Silencio. Respète a la autoridad!

VOZ DE PEÑA.- Sargento Peñaloza!

PEÑALOZA.- ¡Huija!

VOZ DE PEÑA.- El Lechuza a la vista.

PEÑALOZA.- ¡Que pase! (*Entra el Lechuza*). Onde está el dotor?

EL LECHUZA- Icen en la casa, que se fue anoche pal jundo a cazar perdices.

PEÑALOZA.- Viejo e moleera ¡L'única vez que se le prisen-

ta la oportunidad de no matar a naides.. y me amuela! ¿Y que hacemos ahora pa saber cómo ha muerto el dejunto? Yo no le veo ná el bujero... A ver Lechuza, ándate de un salto...

EL LECHUZA- ¿Aonde mi sargento?

PEÑALOZA- A falta del dotor., tráete al jutre dentista.

GERARDO- ¿Para la autopsia?

PEÑALOZA.- ¡Pa eso mesmo!

GERARDO.- ¡Qué va a saber el dentista!

PEÑALOZA.-Y usted qué sabe ¡Se han visto casos peores!

EL LECHUZA- Al tiritito... (*Inicia el mutis*)

PEÑALOZA.- ¡Alto!

EL LECHUZA.- ¿Yo? Pa qué?

PEÑALOZA.-Vos sos el único que estuvo con el dejunto...
Conocís este rigolver?

EL LECHUZA.- ¿Yo? ¿Pa qué?

PEÑALOZA.- ¿Onde estabai cuando lo baliaron?

EL LECHUZA.- Yo no vide naa. Taba por ensillar pa ilme al campo con el patrón...

PEÑALOZA.- ¿A qué dentraste aquí?

EL LECHUZA.- A traerle una carta al patrón.

PEÑALOZA.- ¡Una carta!, ¿y ónde está la carta?

EL LECHUZA.-¡Yo que sé! La abrió ilante e mí y léndola
hechaba lumbre por los ojos y dijo...

PEÑALOZA. - ¿Qué ijo?

EL LECHUZA. -Ijo...

PEÑALOZA.- ¿Qué ijo?

EL LECHUZA.- Ijo... no sé si debo...

PEÑALOZA.- ¡Debe!

EL LECHUZA.- Ijo... no mentó a naidés... ijo...

PEÑALOZA.- ¿Vay a hablar?

EL LECHUZA.- ijo lo mesmo qíusté diría si yo le tirare una
patá!

PEÑALOZA.- . Atrévete!

EL LECHUZA.-Yo no!

PEÑALOZA.- ¡Ya las paro! ¡Ya sé lo que ijo!

EL LECHUZA.- Y me largó sus güenas tallas porque es-
taba escuchando y me mandó ...

PEÑALOZA.- ... Con razón ...

EL LECHUZA.- Me mandó a ensillar ...

PEÑALOZA.- Tráete al dentista pa l'aftosa.

EL LECHUZA.- Si, mi sargento! (*Mutis el Lechuza*).

PEÑALOZA.- Hay que buscar la carta.

VOZ DE PEÑA.- ¡Sargento Peñaloza!

PEÑALOZA.- ¡Huija!

VOZ DE PEÑA.- ¡El Lechuza a la vista!

PEÑALOZA.- ¡No seai pesao y éjalo salill!

CARABINERO FILIDOR.- (*Que entra*). Aquí tá el rigolver mi sargento Peñaloza.

PEÑALOZA.- ¡Chás que sois baboso! ¿Cuándo vay a apriender? ¿No viste que yo lo agarré con el pañuelo pa que no se borrarán los deos?

CARABINERO FILIDOR.- ¡No tengo ná pañuelo, mi sargento! (*Peñaloza toma con su pañuelo el revolver y lo presenta*). ¿Riconocen los inculpaos el rigolver del faucioso? (*Murmullos*). ¿Si o no?

ROSAURA.- Sí

PEÑALOZA.- ¡Está intautol Los cinco tiros. Tamién se lo voy a mandar a on Waldol (*Al dejar el revólver en la mesa se le queda el pañuelo enredado*) ¡Eja! ¡Este rigolver tiene deos!

VOZ DE PEÑA.- ¡Mi sargento Peñaloza!

PEÑALOZA.- ¡Huija!

VOZ DE PEÑA.- ¡Reo a la vista! ¿Lo ejo o no lo ejo?

PEÑALOZA.- ¡Ejalo! ¡Ya me estay sacando los choros

del canasto! ¡Arabinero Filior: pásame las manillas (*las esposas*) pa tenérselas listas al reo!

CARABINERO FILIDOR.- ¡A la orden, mi sargento! (*Le da las esposas. Peñaloza va a la puerta derecha*).

PEÑALOZA.- Pase p'entro on Mena. (*Entra el Chueco Mena un tipo mal encarado que mira de soslayo*).

CHUECO MENA.- Protesto contra el carabinero Rojas que me ha traído a rempujones.

PEÑALOZA.- ¡Sus razones habrá tenío!

CHUECO MENA.- Quiero saber por qué se me detiene atrabiliariamente y sin ninguna orden.

PEÑALOZA.- ¡No gallee tanto! ¡Lo detengo yo que soy la autoridá máusima!

CHUECO MENA. - ¿Y por qué, se puede saber?

PEÑALOZA.- ¡Lo va a saber toíto y al tiro! ¡Mire pallá!...

CHUECO MENA.- ¡Don Damián!

PEÑALOZA.- ¡El mismo! ¿Cachó agora por qué lo detengo?

CHUECO MENA.- Lo han matao! (*Se quita el sombrero*).

PEÑALOZA.- Hay cargos gravísimos y concretos qu'ihacen

suponer a la autoridad máusima, que soy yo, que usted, sabe más d'ialgo!

CHUECO MENA.- Oiga, sargento Peñaloza, asujete la lengua y fíjese en lo que ce porque le voy a aguantar bien repoco.

PEÑALOZA.- Amenaza y desacato. ¿Ustedes han oído al reo?

CHUECO MENA.- ¿Reo dijo?

PEÑALOZA.- Reo ije hasta que no conteste a satisfau-ción mis priduntas.

CHUECO MENA.- Y yo le igo, pa encomenzar, que no sé ná de ná, y qu'este es un abuso suyo porque me tiene pica.

PEÑALOZA.- ¡Hágale un parao y calleuque! ¡Pica le van a tener al lindo! ¡Aquí no estamos ná en la cancha e bolos!

CHUECO MENA.- ¿De qué miacusa, vamos a ver?

PEÑALOZA.- ¿Onde estuvo toa a mañana usted? Prisen-terne la coartada! ¿Ah? (*Mira a todos como diciendo. ¿qué les parece el golpe?*)

CHUECO MENA.- En mi casa.

PEÑALOZA.- ¡Pruébelo! ¡Y no andemos con güeltas: se l'iacusa de haber matao al dejunto!...

CHUECO MENA.- ¿Yo? ¡Canalla! (*Se le va encima*).

CARABINERO FILIDOR.- ¡Alto o disparo!

CHUECO MENA.- Me tenis rabia porque te gané un partido de rayuela...

PEÑALOZA.- . .A la mala...

CHUECO MENA.- . .A la güena...

PEÑALOZA.-...A la mala,...

CHUECO MENA.- ¡Era quemá!

PEÑALOZA.- ¡No era quemá!

CHUECO MENA.- ¡Sí era quemá!

PEÑALOZA.- ¡No era quemá!

CHUECO MENA.- ¡Sí era quemá!

PEÑALOZA.- ¡Silencio el reo! ¡Se te acusa de haber amenazao de muerte al occiso!

CHUECO MENA.- ¡El tamién m'iamenazó!

PEÑALOZA.- Pero vos no estai ná muerto y él sí!...

CHUECO MENA.- ¿Y por eso...?

PEÑALOZA.-¡Por eso! Vos tenis fama e malo, y matón...

CHUECO MENA.- Porque no me ejo ná atropellar...

PEÑALOZA.- Porque andai amenazando. ¿De quién es este rigólver?

CHUECO MENA.- Suyo será...

PEÑALOZA.- ¿Mío? Si no me decís al tiro y probaí con coartada onde estabai esta mañana, y si no me probaí que no es tuyo el rigólver, te pongo pulseras y te meto al chucho...

CHUECO MENA.- ¿A mí? Ya le el dicho que yo no sé naa.

PEÑALOZA.-(*A todos*). ¿Este hombre amenazó o no amenazó al finao?

TODOS A UNA.- Lo amenazó!

CHUECO MENA.- En un momento e rabia, pero yo no soy un asesino.

PEÑALOZA.- Hasta agora no tenís descargo.

CHUECO MENA.- Yo estuve en mi casa.

PEÑALOZA.- ¿Quién te ha visto?

CHUECO MENA.- ¡Ese rigólver no es, mío!

PEÑALOZA.-¿Cómo lo probaí? Estay acusao, por toos...

CHUECO MENA.- A vos te voy a enseñar maula... (*Se le va encima*).

PEÑALOZA.-¡Asujételo arabinero Filior! (*Lo sujetan y le ponen las esposas*) ¡Ya ligaste pulseras. Te va a llegar al hueso!

CHUECO MENA.- ¡Y vos vas a ver quién es el Chueco Me-

na!

PEÑALOZA.- Pásemelo incomunicaao al cuartel...

CHUECO MENA.- Usted no puede...

PEÑALOZA.- Ya vis que pueo. Y se calla el faucioso. Centinela de vista. Que no hable, que ni se menee. Arabinero, Filior: páseselo al arabinero Peña, y que diai lo peloteen pal cuartel y a la primera que haga le meten los cinco tiros. Los cinco!

CARABINERO FILIDOR.- A la orden, mi sargento! Pase el insurgente! (*Lo empuja. Mutis ambos*).

PEÑALOZA.- ¡Venía juate! Y a ver si te salva el Frente Popular! Frentista el gallo. A ver si me volví a gritar quemál. Ahora si que creo que me voy pa Santiago ascendió y con el reo...

ROSAURA.- Entonces, ya podríamos retirarnos...

GERARDO.- Vestirnos, siquiera, porque...

PEÑALOZA.- Que haya un reo presuntivo no quiere icir que too esté aclarao...

VOZ DE PEÑA.- Sargento Peñaloza!

PEÑALOZA.- Huija!

VOZ DE PEÑA.- Misiá Adelita. ¿La ejo o no la ejo en-tral?

PEÑALOZA.- Ejala!

DOÑA CUCHA.- Pobre patroncita!

CHARO.- Pobrecita. La media pena!

GERARDO.- Retirémonos, Rosaura.

ROSAURA.- Sí...

ADELA.- (*Entrando. Velo de misa*). ¿Qué sucede? ¿Qué ha ocurrido.

PEÑALOZA.- Pase ailante. Aquí tenemos al finao...

ADELA.- (*Corre donde él*). Papá! Papacito!

PEÑALOZA.- Lo han matao, pero no se le dé naa por-que al mataor le va a llegar al hueso...

ADELA.- ¡Asesinado! Papacito mío! ¡Canallas! (*Mirando a Rosaura y Gerardo. Todas las mujeres lloran y se lamentan*). Asesinado, ¿oye usted?

ROSAURA.- ¡Qué desgracia tan grande, Adela!

PEÑALOZA.- No s'íaflija, no se le dé naa.

ADELA.- ¡Asesinos! Y usted no sabe quién ha sido?

ROSAURA.- ¿Yo?

ADELA.- (*A Gerardo*). ¿Tú no sabes?

GERARDO.- ¿Yo? ¡Adela!

ADELA.- ¡Yo sí sé quién ha sido! ¡Miserables!

ROSAURA.- Mide tus palabras, Adela!

ADELA.- ¡Yo sí sé, sargento, quién ha sido! ¡Quién es el infame!

PEÑALOZA.- ¿Usted sabe?

ADELA.- ¡Yo sí sé! ¡Yo los acuso; los acuso a todos! (*Solloza*).

ROSAURA.- El odio que me tienes te hace decir...

ADELA.- Sí! Te odio! Te odio! Maldita! Tú!...

ROSAURA Y GERARDO.- ¡Calla!

ADELA.- *A Gerardo*). ¡Calla tú, mal hijo! ¡Tú, mala mujer!

GERARDO.- Los nervios te hacen decir lo que no sa-bes, lo que no piensas.

ADELA.- ¡Matar a mi padre! ustedes, ustedes han sido!

PEÑALOZA.- ¡La chuata!

ADELA.- Yo quiero declarar, sargento... Yo quiero decirlo todo...

DOÑA CUCHA.- ¡Misiá Adelita!

ADELA.- Tú sabes Cucha que yo sé...

DOÑA CUCHA.- Calle, señorita...

ADELA.- ¡No!

PEÑALOZA.- ¡Hable!

ROSAURA.-Cálmate, Adela...Te engañas... Cómo crees que yo...

GERARDO.- ¡Tú te has enloquecido!

PEÑALOZA.-A callar too el mundo y hable misiá Adelita.

ADELA.- ¡Sargento; hay un hombre! Esta mujer...

ROSAURA.-Tu crees que he sido yo quien... se opuso a tu matrimonio con el hijo de la Candelaria...

ADELA.- Te opusiste, pero eso no me importa...

GERARDO.- ¡Calla, Adela!

ADELA.- ¡Corrompido! ¡Encubridor!

GERARDO.- ¡Adela!

ROSAURA.- ¡Dios mío!

ADELA.- (*Por Rosaura*). ¡Esa mujer tiene un hombre!
¡Engañaba a papá!

ROSAURA.- ¡Mientes!

ADELA.- ¡Sí! ¡Lo sé, y Gerardo también lo sabía!...

GERARDO.- ¡Te has vuelto loca!

ROSAURA.- ¡Quiero hablar, explicar!... ¡Esto es horrible!

ADELA.- ¡Sí! ¡Que confiese!

GERARDO.- Haga callar a mi hermana, Peñaloza. Delante

de los sirvientes. Atreverte...

ADELA.- ¡Me atrevo porque sé!

ROSAURA.- Estás engañada.

DOÑA CUCHA.- ¡Misiá Adelita!

CHARO.- ¡Patroncita!

PEÑALOZA.-Custión de familia. Salgan ustedes pa juera. Arabinero Filior; centinela de vista a las sirvientas. (*Salen las dos criadas*).

VOZ FILIDOR.- ¡A la orden, mi sargento!

PEÑALOZA.- Ahora estamos en familia.

ADELA.- Pregúntele quién es Juan de Dios Cruz. Que diga.

ROSAURA.- Sí. Voy a decirlo. Voy a decirlo todo.

GERARDO.- Estás engañada Adela.

ADELA.- Papá sospechaba, sospechó siempre de ti..

ROSAURA.- Estaba celoso, lo sé, por mí culpa y sin mi culpa. Por su memoria lo juro; yo lo quise siempre, yo lo respeté...

ADELA.- ¡Mientes!

PEÑALOZA.- Desembuche con confianza. Diga todo lo que quiera; ya estoy cateando donde está la laucha.

ADELA.- (*Que se marcha llorando*). Que hable ella, Yo

ya no tengo nada más que decir.

PEÑALOZA.- Ya lo ha oído usted, mi señora doña.

GERARDO.- Es absurda esta situación. (*Mutis Adela*).

ROSAURA.- Es preferible aclararlo todo de una vez.

PEÑALOZA.- Sí, es mucho más mejor porque ya tengo cabeza como olla e grillos.

ROSAURA.- Gerardo, déjeme hablar con el sargento.

GERARDO.- Está bien; pero le aconsejo...

PEÑALOZA.- Usted no aconseje naa. Y váyase pa juera y no sea intruso. Ah, y cuidadito con moverse del cuarto de al lao.

GERARDO.- Ya era hora de terminar esta pantomima.

PEÑALOZA.- ¡Arabinero Filior! Vigile que no se menee el faucioso y no le aguante ninguna conversa.

VOZ FILIDOR.- A la orden, mi sargento! (*Mutis Gerardo*).

PEÑALOZA.- Ya nos habimos quedao solos mi señora doña Rosaura.

ROSAURA.- Es una pena y una vergüenza, sargento, lo que ocurre; pero es necesario decir toda la verdad para despejar las dudas.

PEÑALOZA.- Más mejor, porque ya estoy sospechado no sé que cosa.

ROSAURA.-Pero puede usted, creer que son sólo apariencias las de mi complicidad. Adela me odia porque me casé con su padre siendo yo una pobre como era.

PEÑALOZA.-Según tengo entendido, cuando usted contrajo náuseas con el de junto era muy guainita. ¿Qué edá tenía el veudo?

ROSAURA.- Muchos años más que yo y es por eso que mi madre y yo no pensábamos en este matrimonio y si no hubiera sido por la insistencia de él ... y también, por qué no decirlo, porque le tomé cariño no me habría casado; y en mala hora lo hice, porque mi vida ha sido un infierno.

PEÑALOZA.- Qué lástima, tan güena moza y ahora veudita!

ROSAURA.- Desde el día en que me casé, Gerardo y Adela han sido mis enemigos y me han hecho toda clase de miserias.

PEÑALOZA.- Pero usted debió icírselo al finao.

ROSAURA.- ¿Para qué amargarle más la vida a mi pobre viejo?

PEÑALOZA.- Pero Gerardo parece ser muy amigo suyo.

ROSAURA.- (*Llorando*). ¡Bien sé yo lo que me cuesta!

PEÑALOZA.-Es bien re sinvergüenza el gallo; pero ¿qué es eso que me ijo misiá Adela e Juan de Dios de la Cruz?

ROSAURA.- Esta triste circunstancia por la que estoy pa-

sando, con gran vergüenza me obliga a confesarle mi secreto: mi gran secreto.

PEÑALOZA.- Hable con confianza, que yo soy hombre como el que más y la escucho como si fuera el cura.

ROSAURA.- Le ruego que no me mire y que me escuche y crea que le estoy confesando toda la verdad. Un par de años antes de que me pretendiera Damián, yo estuve de novia con Juan de Dios...

PEÑALOZA.- ¿El gallo ese que está empleado ahora en el Molino?

ROSAURA.- El mismo. Yo era una pobre muchacha, discreta en sus palabras; vivíamos solas con mi madre Usted comprenderá ... me engañó ...

PEÑALOZA.: ¡El muy cochino!

ROSAURA.- Con el pretexto de negocios un día se fue para la capital y no supe más de él. Primero esperé, luego sufrí pensando en el desengaño, guardándome en secreto de mi desgracia, sin poder confiárselo a nadie, ni siquiera a mi madre, que se habría muerto de pena y de vergüenza.

PEÑALOZA.- Lo comprendo too.

ROSAURA.- Don Damián empezó a festejarme, a pesar de la diferencia de edad le tomé cariño porque era como un padre para mí; al final, a pesar de que yo no quería aceptarlo, mi madre, que estaba vieja y que temía dejarme sola, como murió al año después de casarme, me aconsejó que lo

aceptara...

PEÑALOZA.- Hizo bien.

ROSAURA.- Pero debí confesarle toda la verdad de mí pasado, la vergüenza que pesaba sobre mí. Muchas veces estuve tentada de hacerlo, pero no tuve valor ni coraje; tenía miedo de perderlo y miedo de causarle pena a él, que era tan bueno; y ese fue mi delito que hasta ahora estoy expiando. Mi pena oculta por mi remordimiento despertó los celos de Damián. Adela y Gerardo me perseguían y me vigilaban. Las habladorías de la aldea tal vez habían llegado a oídos de ellos. Un día, hace ya cerca del año, Juan de la Cruz volvió; y olvidándose de mi condición de mujer casada, empezó a rondarme; lo rechacé indignada, pero él, que no tenía nada que perder, con atrevimiento me cercaba. Complicó a la Charo y me hizo llegar cartas que le devolví; entonces me amenazó... yo no sabía a quién pedirle ayuda. De la amenaza pasó al atrevimiento de insinuar que le iba a decir toda la verdad a Damián. No tuve más remedio que aceptar hablar con él. Fue una noche que Damián andaba en el fundo; salí a hablarle con la intención de convencerlo del mal que me hacía, con tan mala suerte que cuando estaba hablando con él, Gerardo, medio borracho, volvía a la casa; a pesar de que me escapé, me alcanzó a distinguir, y a la amenaza del otro vino la amenaza de él. Para que se callara he tenido todo este tiempo que estar dándole plata que le sacaba con mentiras al pobre Damián...

PEÑALOZA.- Ahí está a madre del cordero; por eso quel ju-

tre se daa tan güena vida y gastaba tanto.

ROSAURA.- Y esto es todo, sargento; ya lo sabe usted, pero yo le juro por la luz que me alumbra por mi pobre viejo que está ahí que yo no hice nada malo.

PEÑALOZA.- Pero entonces ha sío el canalla de Juan de la Cruz el que lo ha matao.

ROSAURA.- No quiero creerlo, sargento.

PEÑALOZA.- Al tirito lo vaya meter a la capacha:

ROSAURA.- Si él hubiera sido, si hubiera sido capaz de llegar a la bellaquería de matármelo y matármelo a traición, le juro que yo, yo misma, por mis manos lo vengaré. *(Rosaura lanza un grito y es porque en este momento Damián, el que todos creían difunto, se ha puesto de pié. Peñaloza da un salto que va a parar junto a la puerta)*
¡Damián!

PEÑALOZA.- ¿Qué es esto?

ROSAURA.- ¡Damián!

DAMIAN.- ¡El mesmo, mi Rosaura!

PEÑALOZA.- ¡El fantasma!

DAMIAN.- Acércate, mi Rosaura, que no estoy naa muerto y ahora lo sé too. *(A las voces de Rosaura y el sargento entran el carabinero Filidor, Gerardo, Adela, doña Cucha y la Charo. La Charo cruza la escena cubriéndose el rostro y gritando. Do-*

ña Cucha se pone de rodillas y se golpea el pecho. El Carabinero Filidor le hace los puntos con el revólver).

PEÑALOZA.- ¡Arabinero Filior!

CHARO.- ¡Por Diosito santo, socorro!

DOÑA CUCHA.- ¡Dios me ampare! ¡Santo Dios de los ejércitos! Santo, santo, santo!

GERARDO.- ¡El viejo!

ADELA.- ¡Papá!

PEÑALOZA.- (*Tartamudeando*). ¿Pero, qué payasaa es ésta? ¿Usted no está muerto?

FILIDOR.- ¿Disparo o no disparo?

DAMIAN.- ¡No dispare porque antes le pego una cachetada que lo siento!

PEÑALOZA.- ¿Pero cómo ha sido esto? Usted está muerto y bien muerto. Si hasta el olor le estaba sintiendo!

DAMIAN.- ¡No sea bruto, sargento!

PENALOZA.- A mí no me brutee porque aquí ha habido desacato.

ADELA.- ¿No estás herido, papá?

PEÑALOZA.- ¡Silencio! Aquí no habla nadie más que el di-junto, que nos va a explicar inmediatamente

que es lo que ha pasao.

DAMIAN.- Eso es lo que yo deseo. Explicar. Ya ha oído usted, sargento cuanto le han dicho Rosaura. Esta mañana, preocupado y molesto con todo lo que ocurría, me puse a revisar mi revólver ...

PEÑALOZA.- ¿Entonces es suyo el revólver?

DAMIAN.- Mío. Lo compré hace dos días para reemplazar el que escondió Rosaura. Se me escapó un tiro y cuando entró la Cucha se me ocurrió fingirme muerto.

PEÑALOZA.- ¿De manera que payaseando conmigo? No sabe usted, que yo soy la autoridad másima y que hace una hora que estoy buscando al criminal y sudando la gorda pa qu'el perla me pite?

DAMIAN.- Disculpe, sargento; no fue esa mi intención. Diga lo que usted quiera pero esta muerte aparente me ha servido de mucho Adela, pídele perdón a Rosaura y yo te pido que seas su amiga ...

ADELA.- Sí tú lo quieres, papá.

ROSAURA.- ¡Adela! (*Se abrazan*).

DAMIAN.- (*A Gerardo*). Y usted, mocito estafador y sinvergüenza ...

GERARDO.- Oiga usted, que ...

DAMIAN.- ¡A callar! Ensille el tordillo y se va para el fundo

inmediatamente; ya hablaremos ...

GERARDO.- Es que yo ..,

DAMIAN.- ¡Fuera!

PEÑALOZA.- ¡Sáquemelo, arabinero Filior! (*Mutis Gerardo*).

DAMIÁN.- Y usted, doña Cucha pobre vieja, vaya para la cocina y perdone el susto que le he dado.

DOÑA CUCHA.- (*Haciendo mutis y llorando*). ¡Qué contenta estoy, patrón!

PEÑALOZA.- ¡Y yo el redículo! ¿Con qué cara salgo pa jue-
ra ahora? Y qué hago con el Chueco Mena que
lo tengo en la capacha? ¿Qué ago con esa fie-
ra?

DAMIAN.- Yo lo acuso por cuatrero.

PEÑALOZA.- (*Dándole la mano*) A su amigo. Al tiro meto
al cepo. ¡Güena cosa, y yo que pensaba con
esta investigación salir pa Santiago ascendido!

DAMIAN.- A lo mejor le hablo de usted, al Diputado.

PEÑALOZA.- ¿De veras? Con razón lcen que los ijuntos se
acuerdan de los vivos ... (*Entra corriendo El
Lechuza*).

LECHUZA.- ¡Aquí viene el Dentista. (*Al ver a Damián lanza
un grito*), ¡Ánimas!, (*Se desmaya*).

PEÑALOZA.-Arabinero Filior, lleve al accidentado pa jue-
ra

y que el dentista le saque las muelas pa que no pierda el viaje.

ROSAURA.- ¡Mi Damián!

ADELA.- ¡Papá! (*Damián las abraza*).

PEÑALOZA.- ¡Entre mate y mate me pitó el viejo!

TELON

Daniel Barros Grez: Nació en Colchagua en 1834 y falleció en 1904. Fue ingeniero, topógrafo y especializado en hidráulica, escribió algunos libros de esa especialidad. También fue novelista: *Pipolos y pelucones* (1876), *El huérfano* (1881). *La academia político-literaria* (1890) (relatos, diálogos, poesía y descripciones), *Primeras aventuras del maravilloso perro Cuatro remos* (1898). Además fue dramaturgo: *El ensayo de la comedia* (1889), *Como en Santiago* (1875). Su interés por el folclore, en el que fue pionero, quedó plasmado en sendas recopilaciones de fábulas y de refranes.

CADA OVEJA CON SU PAREJA

PERSONAJES:

DOÑA BERNARDA,	madre de Lucía.
DON CAYETANO,	tío de Alberto
LUCIA ,	hija de Bernarda.
ALBERTO,	sobrino de Cayetano

La acción ocurre en Santiago, en casa de Doña Bernarda. El lugar de la escena es una pieza regularmente amoblada, con una puerta en el fondo que da salida al exterior, y otra al lado que comunica con el interior de la casa.

BERNARDA.- *(Sentada cerca de la ventana, está ocupada en coser un vestido y canta una zamacueca) .*

El amor es un pleito,
pero en su audiencia
las mujeres son parte
y ellas sentencian...

y aunque les ganen,
condenados en costas
los hombres salen.
(*Concluye su canto con un prolongado suspiro*).

¡Ayayay, penas, que para matar son buenas!

CAYETANO.- (*En la puerta del fondo*)¿Se puede entrar?

BERNARDA.- ¿Quién es?

CAYETANO.- (*Entrando*). Yo soy, señora.

BERNARDA.-¡Ah! El señor don Cayetano. ¡Usted por aquí!

CAYETANO.-Yo, en cuerpo y alma, mi señora doña Bernarda.

BERNARDA. ¡Oh, qué placer tan grande me da usted con su visita! (*Se dan las manos*). Siéntese usted.

CAYETANO.- (*Sentándose*). Para mí es cumplido, señora. Sí, gusto cumplido, porque tenía unos espantosos deseos de ver a ustedes. ¿Y Lucía?

BERNARDA.- Mi hija está adentro Luego la verá usted.

CAYETANO.-Tengo unas ganas horrosas de hablar con ella, y también con usted. Por esto me he tomado la libertad de presentarme aquí sin haberle anunciado mi visita ...

BERNARDA.-No había para qué. Su visita no puede sino sernos muy agradable; y ya debe haber cono-

cido que lo miramos como amigo de confianza.

CAYETANO.- Muchas gracias, señora. Lo mismo me pasa a mi. Desde que tuve el gusto de conocerlas, ahora dos meses en los baños de Cauquenes, no he dejado de acordarme de ustedes un solo día...

BERNARDA.- ¡Cuánto agradezco sus cordiales recuerdos!

CAYETANO.- Ni tampoco una sola noche, porque le aseguro que en largas las noches en el campo! y más todavía, cuando uno se lo pasa solo con su alma, como yo me paso meses enteros en mi hacienda, sin hablar más que con mi sobrino Alberto, en aquella casa tan sola y silenciosa...

BERNARDA.- Pero, ¿por qué vive tan solo, señor don Cayetano?

CAYETANO.- Eso mismo me he preguntado yo, hace pocos días, acordándome - como me acordaba a cada rato - de las alegres noches que pasé con ustedes en los baños. ¡Ah, señora! ... Lo aseguro que casi me puse a llorar cuando tuve que irme a mi hacienda; y sobre todo cuando llegué a mi casa, a aquella casa sola, en donde nadie me esperaba, fuera de mi perro Barcino... Desde entonces ni como, ni duermo, ni respiro a gusto, en aquel caserón, en donde sobra casa y falta mujer, es decir, alegría y goce..

BERNARDA.- ¡Ah, señor don Cayetano! ¿Y por qué no se casa usted?

CAYETANO.- Eso mismo me he preguntado. ¿Por qué no

me caso? ¿Por qué he de seguir permaneciendo solterón entre cuatro paredes? qué no buscar una mujercita - me decía yo- para que venga a alegrar esta tristeza a acompañar esta soledad, a enriquecer esta pobreza, a llenar este vacío, a alumbrar esta oscuridad, y para decirlo de una vez, a componer todo lo que aquí está descompuesto, desde el que habla para abajo?

BERNANDA. - ¡Ja, ja, ja! ¡Siempre alegre y gracioso!

CAYETANO.-¿No es verdad lo que digo? Ponga usted una mujer en un desierto y verá como el desierto se convierte en paraíso. La mesa se cubre de frituras y golosinas; el apetito se compone, no le falta ningún botón a las camisas y no se siente calor en el verano ni frío invierno. Al eterno bullicio, sucede el bullicio de una multitud de chiquillos que aparecen como por encanto, y que gritan, chillan, lloran, corren, saltan, y lo manosean todo, hurgan todo, y lo revuelven todo, no dejando estaca en pared.

BERNARDA. - ¡Ja, ja, ja! ¡Qué cosa tan divertida!

CAYETANO.-¡Sí, señora mía! Siento mucho el tiempo perdido. Dígame usted, ¿qué me aconseja?

BERNARDA.-Casarse, pues, señor. No hay más remedio que casarse .

CAYETANO.- Pues a mí se me ha ocurrido lo mismo; y por esto he venido a Santiago, de donde no pienso volver a mi tierra, sino llevando a una mujercita que prometa darme todas esas felicidades que he dicho.

BERNARDA.- No dude usted que la encontrará, pues quien busca halla...

CAYETANO.- Sí, señora, Dios mediante. Eso mismo fue lo que yo me dije al ponerme en camino para esta ciudad. Y como durante los dos últimos meses no se ha separado de mi corazón la imagen de una niña que ...

BERNARDA.- ¿Entonces ya ha encontrado usted lo que busca?

CAYETANO.- No, señora; lo ando buscando todavía.

BERNARDA.- ¿No dice usted que lleva ya en su corazón la imagen de ...

CAYETANO.- Sí, es cierto que tengo aquí (*se toca el corazón*) la imagen de esa niña; pero, ¿cree usted que con sólo poseer la imagen habrá de resultar en mi casa esa encantadora bulla de chiquillos de que le acabo de hablar?

BERNARDA.- Claro es que no ... ¡Ja, ja, ja!

CAYETANO.- Se conoce que usted lo entiende; y bien echará de ver que yo no soy hombre capaz de contentarme con imágenes, sino que he menester algo más positivo.

BERNARDA.-Entonces no hay mas que buscar esa niña y decirle ...

CAYETANO.-Yo había pensado decir bien claro: "Señorita, yo tengo el retrato de usted grabado aquí en mi corazón, y vengo a devolvérselo, a mí no me

gusta poseer una cosa sin sentimiento expreso de su dueño; pero como es imposible separar de mi corazón la bellísima imagen de usted, me veo en la necesidad de entregarle el retrato, con mi corazón y todo". ¿Qué le parece?

BERNARDA.- ¡Magnífico! Si ella estima en algo ese retrato, tratará de recuperarlo, admitiendo también el corazón que usted le da.

CAYETANO.-¿Lo cree usted así?

BERNARDA.-¡Por supuesto! Yo haría lo mismo en su lugar.

CAYETANO.-(*Sobándose las manos con satisfacción*), ¿De veras? Usted me vuelve el alma al cuerpo.

BERNARDA.- No lo dude usted. Pero es el caso que esa niña se encontrará entonces con dos corazones ...

CAYETANO.- Así es ... Y yo me quedo sin ninguno ...

BERNARDA.- ¡Oh!, sería una injusticia, una crueldad inaudita, quitarle a usted, una cosa que hace tanta falta, como es el corazón.

CAYETANO.- Dice muy bien. ¿Para qué serviría yo entonces?

BERNARDA.- Usted serviría sólo de estorbo y de tropezón en este mundo; puesto que, aun cuando sea muy hábil, muy gallardo y muy rico, un hombre sin corazón no sirve para nada.

CAYETANO.-¡Oh, señora! Desde que amo a esa ni juro que

yo deseo servir para algo.

BERNARDA.-Está muy puesto en razón. Pero advierta que las mujeres somos muy justas, y no tenemos nada de crueles, sino cuando los hombres no nos aman. Por consiguiente crea que esa niña le dará a usted en cambio su propio corazón ...

CAYETANO.- ¿Está usted segura de lo que dice?

BERNARDA.- ¿Pues no he de estarlo? ¿Para qué quiere ella dos corazones, cuando con uno le basta para su gusto particular?

CAYETANO.-¡Ah, cuánto ganaría yo en ese cambalache! Quiero decir, en ese cambio. Perdóneme usted señora, pues véame sucede creer que estoy en mi tierra, y se me salen por la boca sin sentirlo, ciertas palabras que aquí en la capital no se usan. Pero, ¿qué quiere Usted? La cabra tira al monte; y yo no soy más que mí un pobre campesino que habla así, "pata la llana" ...

BERNARDA.- Con tal que un hombre de bien hable de modo que los demás entiendan, ¿para que quiere más?

CAYETANO.-De eso sí que me pico; y no me trocara por el mejor letrado en esto de hablar claro y de ser hombre de bien a las derechas. No se decir bonitas palabras; pero sí sé muy bien ser hombre de palabra.

BERNARDA.- Eso es lo que importa y lo que a mi entender le habrá de gustar más a la niña. ¿Y es bonita?

CAYETANO.-¿Que si es bonita? ¡Vaya, con decirle que se parece a usted!

BERNARDA.- ¡Ja, ja, ja! ¡Ah, don Cayetano, don Cayetano! ¿Y cómo afirma usted que no sabe decir bonitas palabras? ¡Se conoce que usted es embustero como todos los hombres!

CAYETANO.- Eso sí que no, señora. Yo no miento ni vuelo va atrás en lo que digo. Y repito que esa niña es tan linda como usted.

BERNARDA.- ¿La conozco yo por acaso?

CAYETANO.- Muchísimo: y además es muy amiga suya.

BERNARDA.- ¿Con que todo eso hay?

CAYETANO.- Sí, mi querida amiga; y por esto he venido a rogarle a usted que se empeñe con ella para que admita mi corazón y me dé, en cambio el suyo.

BERNARDA.-Prometo hacer por usted cuanto pueda hacerse por un buen amigo. Ahora sólo resta que usted me diga el nombre de la niña.

CAYETANO.-¡Oh!. .. En cuanto a su nombre. le aseguro que se me hace muy cuesta arriba decírselo .. se me hace nudo aquí entre los labios.

BERNARDA.- Sin embargo, es menester que usted me lo diga.

CAYETANO.- Así es la verdad; pero yo no sé cómo decirle, mi querida amiga, que la persona cuya imagen

llevo aquí en mi corazón es su hija de usted que ..

BERNARDA.- ¡Ah!, ¿Lucía?

CAYETANO.-Estoy rabioso por hacerla dueña absoluta de todo cuanto me pertenece y madre de todos esos chiquillos de que le acabo de hablar. Esto es lo que yo quisiera decir a usted con palabras más bonitas, pero ..

BERNARDA.- Sus palabras no pueden ser mejores, amigo mío.

CAYETANO.- Espero humildemente su sentencia.

BERNARDA.- Esa sentencia la pronunciará la interesada.

CAYETANO.- ¿ V usted?

BERNARDA.- Yo le prometo servirle de abogado ante ella. Cuente usted con mi entera voluntad.

CAYETANO.- ¡Un millón de gracias, mi querida amiga! (*Le sacude la mano con energía*). ¡Apriete usted! Apriete usted firme. A mí me gusta sacudir fuerte cuando quiero a las personas: Yo soy así. .. Nunca he podido ser hombre a medias ... Ahora me retiro, para volver bien pronto a saber la contestación de Lucía. (*Se dirige a la salida*) .

BERNARDA.- (*Aparte*). ¿Por qué no he de decirle yo también lo que pasa en mi corazón? (*A Cayetano*).Oiga usted, amigo mío. VA también tengo que decirle algo ..

CAYETANO.-¿Es cosa en y que yo pueda servirla?

BERNARDA - Sí, señor, y mucho.

CAYETANO.-Pues, entonces, disponga usted de mí.

BERNARDA.- Va ¡vaya! ... No me atrevo ... Después se lo diré mañana ...

CAYETANO.- ¿Quién ha visto a mañana, señora? Hable usted.

BERNARDA. - Es que me pasa una cosa que ...

CAYETANO.-Dígamelo con entera confianza. ¡Ábrame ese pecho con franqueza y verá si yo sé servir a los amigos! Pero usted se ha puesto colorada ... Ah, ya di en el clavo. ¿Apuesto que su asunto es de amor, como el mío?

BERNARDA.- No puedo negarlo.

CAYETANO.-Pues, entonces, hable usted! Dígame en qué puedo ser útil ... ¿Ama por casualidad a alguno de mis amigos?

BERNARDA.- Ha acertado usted. Hay un joven que desde que lo conocí me cayó en gracia; pero ya ve usted, soy una mujer ... y no me atreveré a . manifestarle el amor que le profeso, sino después que usted lo haya sondeado ...

CAYETANO.- ¿Quién es?

BERNARDA:- ¿Jura guardarme el secreto en caso de ... ?

CAYETANO.- No tenga usted cuidado alguno. ¿No ha oí-

do decir que el hombre sabe guardar los secretos ajenos, y la mujer los propios?

BERNARDA.- ¿Pero jura usted que? ...

CAYETANO.- No necesito jurarlo, mi buena amiga ... Basta que le dé mi palabra, a la cual no he faltado jamás, en mi vida. Así pues, haga pecho ancho: dígame ese nombre, y crea que su secreto cae en mí como piedra en pozo.

BERNARDA.- Pues bien ... la persona que yo amo es ... su sobrino. (*Se cubre la cara con las manos*).

CAYETANO.- ¡Mi sobrino! ¿Y temía usted decírmelo?

BERNARDA. - Una mujer teme siempre: ..

CAYETANO.- Pero no una mujer como usted ... Esté segura de que mi sobrino no la rechazará ...

BERNARDA. - Pero, de todos modos, espero que usted no le hablará claro, antes de sondearlo ...

CAYETANO.-¡Pero si no necesito de sonda para ver claro en el interior de mí sobrino' Ya usted lo conoció en los baños.

BERNARDA.- Y me pareció muy bien.

CAYETANO.- Es un Juan de Buena Alma .

BERNARDA.- Así es como yo lo quiero.

CAYETANO.- Trabajador, eso sí; activo, constante ...

BERNARDA.- Con tal que lo sea en el amor ...

CAYETANO.- Debe serlo, puesto que por sus venas corre sangre que también es mía; pero le aseguro que yo no sé si ha tenido inclinación a mujer alguna ...

BERNARDA.- ¡Tanto mejor! ¡Así es como a mí me gusta!

CAYETANO.- A pesar de lo que le digo tal vez podría afirmar ...

BERNARDA. - ¿Qué cosa?

CAYÉTANO.- Que Alberto tiene algo entre pecho y espalda ... Ahora no más caigo en ello. ¡Sí, eso es! Todo este último tiempo ha estado taciturno y poco comunicativo conmigo.

BERNARDA.- ¡Si estará enamorado!

CAYETANO.- ¡Eso es, usted ha dado en el clavo! ¡Qué memoria la mía! ¡No me acordaba de lo que le había oído decir repetidas veces a este muchacho, como yo no tenía lugar sino para pensar en Lucía ...

BERNARDA.- Pero, ¿qué es lo que usted le ha oído decir?

CAYETANO.- Siempre bien de usted, señora ..

BERNARDA.- ¡Ah!, ¿de mí?

CAYETANO.- Desde que nos separamos de los baños, no ha cesado este muchacho de acordarse de ustedes. A cada momento me alababa la bondad,

la dulzura y la gallardía de misiá Bernardita.

BERNARDA.- ¡Ah!

CAYETANO.-Y cuando yo le hablaba de la belleza de Lucía, él se callaba, o bien me contradecía, manifestándome cuánto era lo que usted excedía en belleza a bizarría a su propia hija ...

BERNARDA.- ¿Qué dice usted?

CAYETANO.-Lo que oye. Y como yo veía que Alberto tenía razón en encontrarla a usted hermosa ...

BERNARDA.- ¡Oh, no diga eso!

CAYETANO.- Dispense usted. Me he equivocado. Ya debiera haber dicho hermosísima. Sí, señora; no hay duda, y sólo ahora caigo en que este muchacho, si está enamorado de alguien, es de usted ... Además, voy a darle otro dato: Un día lo pillé en su cuarto escribiendo una carta a puerta con llave ... Óigame usted ... Tenía los ojos como si hubiera llorado ... Ya traté de conocer aquel negocio, pero él jamás quiso descubrirme nada, y aún rasgó la tal carta en mi presencia, arrojando los pedazos de papel al brasero. La curiosidad me hizo volver después a ver si podía encontrar algún fragmento en donde leer ... y los encontré ...

BERNARDA. - ¿Y qué decían?

CAYETANO.- Los papeles se habían quemado y sólo pude leer en los pequeños trozos que quedaban, expresiones cortadas como estas: "infeliz de

mí!". "¡Mi amor!". "¡Soy muy pobre!". "No puedo sufrir este martirio". "La amo"

BERNARDA.- ¿Va quién iba dirigida esa carta?

CAYETANO.- Se había quemado el principio, y sólo encontré un fragmento en donde decía.- "¡Ah, mi siá Bernardita!".

BERNARDA.- Amigo mío, mi corazón no me engañaba ¡El me ama! ya tenía el presentimiento de mi felicidad.

CAYETANO.- Y yo, tonto de mí, ¡que no me había acordado de esta circunstancia!

BERNARDA.- Pues entonces hable con él y dígale.

CAYETANO.- Yo sé lo que he de decirle ... Adiós influya usted en el ánimo de Lucía.

BERNARDA.- Mi hija es suya.

CAYETANO.- Mi sobrino es de usted. *(se va)*.

BERNARDA.- ¡Oh, qué dicha! ¡Qué dicha tan completa! ¡Se casa mi hija ... y su madre a un mismo tiempo!

LUCIA.- *(Oyendo las últimas palabras de doña Bernarda)*. ¿A un mismo tiempo? ¿Qué quiere decir eso mamá?

BERNARDA.-, ¡Ah! ¿Has oído, Lucía?

LUCIA.- Sí, mamá; pero no sé por qué cree usted que

nos hemos de casar a un mismo tiempo.

BERNARDA.- ¿Te disgustaría eso?

LUCIA.- De ningún modo.

BERNARDA.- Pues bien, ¿sabes que las dos hemos encontrado marido?

LUCIA.- ¡Ah, mamacita mía! Me alegro ... Y, ¿qué clase de maridos son ... esos que hemos encontrado?

BERNARDA.- Mira, el uno es un caballero, no viejo, sino así, así, de cierta edad; pero gallardo, bien plantado, y, sobre todo, muy rico, muy bueno, muy amable, muy ..

LUCIA.- (*Aparte*). Me habla primero de su novio, por eso lo, alaba tanto. (*A doña Bernarda*). Sí, mamá y muy ...

BERNARDA.- Muy ... ¡vaya! Muy buen mozo.

LUCIA.- ¿Y el otro?

BERNARDA.- El otro es un joven, que aun cuando no es rico ...

LUCIA.- (*Aparte*). Este es el mío. (*A su madre*), Sí mamá, no es rico, pero ...

BERNARDA.- Pero es protegido por el otro caballero; el cual es tío del mozo ...

LUCIA.- ¡Ah! ¿Con que las dos vamos a quedar en la

misma familia?

BERNARDA.- Sí, hija mía. La una se casara con el tío y la otra con el sobrino.

LUCIA.- Pero, después de todo, aún no me ha dicho usted cómo se llama, quiero decir, quiénes son ellos.

BERNARDA.- Luego los vas a ver, porque no tardarán en llegar. No quiero nombrártelos, para sorprenderte agradablemente; y sólo te diré que tú conoces al uno y al otro ...

LUCIA.- ¿Los conozco yo? ¡Ah! ¿Quiénes serán entonces? (*Se pone en actitud pensativa*).

BERNARDA.- No te devanes los sesos en balde. Luego vas a ver quienes son.

LUCIA.- ¡Ah, mamá! ¿Son buenos mozos?

BERNARDA.- Sí, hijita. No haya cual irse de los dos.

LUCIA.- ¿Quiénes serán?

BERNARDA.- El que te solicita me acaba de decir que te adora ...

LUCIA.- ¡Ah, mamá!

BERNARDA.- Que te adora como a un ángel.

LUCIA.- ¡Mi querida mamá! ¡Qué dicha tan grande debe ser esa de ser adorada por un hombre! Pero, dígame, ¿quién es él, mamacita?

BERNARDA.- ¿Para principiar a quererlo?

LUCIA.- ¡No, no! Si ya lo quiero, desde que sé que él me adora.

BERNARDA.- ¿De veras? (*Aparte*). ¡ Estas muchachas de hoy, qué imaginación tan exaltada tienen!

LUCIA.- Así es, mamá, y aun puedo decir que lo amo, desde mucho tiempo ya.

BERNARDA.- ¿ Cómo es eso?

LUCIA.- Yo le explicaré. Usted me ha dicho que siempre le hable con franqueza.

BERNARDA.- Así debe hacerla una buena niña con su madre, pues de la falta de franqueza pueden provenir mil desgracias que hacen llorar eternamente al pobre corazón de una mujer:

LUCIA.- ¡Ah! Ahora comprendo lo que me ha pasado, porque yo también he llorado así.

BERNARDA.- ¿Qué dices?

LUCIA.- Que yo conozco ese llanto del corazón ¡Ah! Es un llanto doloroso, terrible; llanto que no tiene lágrimas ni sollozos, y que sólo tiene quejidos, suspiros y dolores.

BERNARDA.- ¡Pobre hija mía! ¿Tú has sufrido de ese modo sin que yo lo supiera? Dime, ¿quién te ha hecho padecer así?

LUCIA.- Nadie, mamá, nadie ... O mejor dicho, es él quien me ha hecho llorar con el corazón.

BERNARDA.- ¿El? ¿Y quién es él?

LUCIA.- Eso es lo que iba a decir. Mire mamá: usted sabe cuánto la he querido siempre. Cuando chiquilla yo no comprendía otra dicha que la de vivir a su lado, estar con usted, verla cerca de mí, oírla hablar ...

BERNARDA.- (*Abrazándola*). ¡Mí Lucía, cuánto te quiero!

LUCIA.- No me quiera tanto, mamá, porque no he sido enteramente buena con usted. Vaya confesárselo, para que Dios me lo perdone y usted también, ¿no?

BERNARDA.- ¡Habla, alma mía!

LUCIA.- Es el caso que cuando dejé de ser chiquilla, sentí que pasaba algo extraño aquí en mi interior. A veces me entristecía y lloraba, sin saber porqué. Pero era solamente con ese llanto de los ojos, llanto dulcísimo, comparado con el otro del corazón.

BERNARDA.- ¿Y por qué esa pena?

LUCIA.- Porque me parecía estar sola aun en medio de las niñas de mi edad. Antes no deseaba más compañía que la de usted. En cambio después ... me pareció que yo amaba con un nuevo amor a alguien que no veía en ninguna parte, aunque siempre lo buscaba con los ojos en el paseo, en el teatro, y hasta en la misma iglesia,

cuando iba a misa ... Y al encontrarme sin nadie, sin él, enteramente sola, al cerciorarme de que no estaba en parte alguna el objeto de aquel ardiente amor que yo sentía ... ¡ay, mamá de mi alma, entonces era cuando yo lloraba con ese llanto del corazón! (*Se echa en brazos de doña Bernarda*).

BERNARDA.- (*Abrazándola*). ¡Hija querida! No llores. De-secha esas negras ideas y alégrate.

LUCIA.- (*Desprendiéndose de doña Bernarda*). No, mamá, no, no lloro. Ya ve usted que estoy alegre ... Todo eso ya pasó ... ¡Sí! He conseguido al fin sobreponerme y ahora soy otra.

BERNARDA.- Pues bien, no nos acordemos más de eso.

LUCIA.- Sí, mamá; y si me he acordado ahora, es para decirle que yo no sé por qué lo estoy viendo a él en esa persona.

BERNARDA.- ¿Cuál?

LUCIA.- Esa que me adora como un ángel ... Es imposible que usted me quiera casar con otro ... ¡No, no! ¡Usted no puede entregarme en brazos de otro ... que no sea él! (*Pronuncia estas últimas palabras en voz baja*).

BERNARDA.- Sí, hijita, quiero pensar ahora en tu establecimiento. Déjame sola.

LUCIA.- ¿Y usted? No me (decía que también ...

BERNARDA.- Por ahora no quiero pensar más que en tu

matrimonio. Tengo fe en que casada con ese caballero vas a ser feliz. Déjame sola y ve a distraerte un poco. ¡Ah! Se me ocurre que ellos pueden comer con nosotras. Dile a la cocinera que tenemos dos convidados a la mesa.

LUCIA.- Voy, mamá. (Se va).

BERNARDA.- ¡Pobre hija mía! He pensado en casarme cuando debí pensar en establecerla a ella.. Mi distracción ha sido egoísta y muy culpable. Pero gracias a Dios, hoy veo que pueden quedar satisfechas a un tiempo mis aspiraciones de mujer y de madre. Don Cayetano es un caballero de cualidades sólidas y estoy segura de que hará la felicidad de mi Lucía ... Cierto que él no es muy joven pero la quiere tanto! Que ella lo ame y mi dicha es completa ... Yo trataré de sondear su corazón ... Aquí viene.

LUCIA.- Mamá, ya están dadas las órdenes necesarias para esperar a las visitas.

BERNARDA.- Bien, hija mía. Ahora, siéntate y dime: ¿te parece que yo estoy muy vieja para casarme?

LUCIA.- No, mamacita, no. A propósito de eso, ¿quiere que le diga una cosa? Oí decir que usted parece así. .. como si fuera mi hermana.

BERNARDA.- ¡Ja, ja, ja! ¿Y quién te ha dicho ese disparate?

LUCIA.- Ahora no más me acuerdo de esto. ¿ Tiene usted presente a aquel caballero tan alegre que conocimos en los baños de Cauquenes?

BERNARDA.- ¡Ah!, ¿don Cayetano Troncoso? ¿Y por qué te has acordado de él, ahora?

LUCIA.- Porque él fue quien le dijo a una amiga mía que usted y yo parecíamos hermanas.

BERNARDA.- ¿De veras? Eso quiere decir que don Cayetano está muy viejo y corto de vista.

LUCIA.- No lo crea, mamá. Don Cayetano está muy lejos de ser un viejo ...

BERNARDA.- (*Aparte*) ¡Bueno, bueno! (*A Lucía*) ¿Lo crees tú así?

LUCIA.- Pues, ¿no he de creerlo? ¡Qué caballero tan alegre, tan conversador y tan bueno!

BERNARDA.- (*Aparte*). ¡Bien marcha el negocio!

LUCIA.- ¿Lo duda usted? ¿No se acuerda de cuánto nos divertimos allá con él?

BERNARDA.- (*Aparte*). ¡Bien!

LUCIA.- En cuanto a mí, le sé decir que no sentí los días que pasamos en los baños.

BERNARDA.- (*Aparte*). ¡Mejor que mejor!

LUCIA.- ¿Qué dice usted?

BERNARDA.- Que ... que he .pensado seriamente en ese doble matrimonio.

LUCIA.- Pero, ¡por el amor de Dios! ¿Por qué no me dice

usted quién es ese novio que me destina? Va ya ver si, acierto ... ¿Es Jacinto Valverde? ¿Juan José Contreras, o Pedro Hinojosa?

BERNARDA.- Son muy pobres hija mía, y yo no quiero que mi Lucía sufra ..

LUCIA.- Ni a mí tampoco me gustaría casarme con ellos, aunque fuesen ricos. ¿Será Antuco Villafranca?

BERNARDA.- Es un presumido insoportable. No sabe más que vestirse bien, y por acomodarse el peinado y la corbata sería capaz de olvidarse que estaba casado

LUCIA.- ¿Y Agustín Buscavida?

BERNARDA.- ¿Cuchito? ¡No me hables de él! Ese no se casa con una mujer pobre y yo sé que su sueño dorado es desposarse con una a buena hacienda para irse a trabajar en el campo.

LUCIA.- ¡Ah! ¿Entonces se casa por amor a la agricultura?

BERNARDA.- Así es. No me gusta ninguno de esos mozos que has nombrado, pues de ninguno de ellos sale un marido pasable siquiera. Atiéndeme, Lucía: para encontrar la felicidad en el matrimonio, se necesita un marido de seso, de juicio y que sepa lo que es mundo.

LUCIA.- Si, mamá; pero no vaya a fijarse, por Dios, en don Nicolasito Jorquera ...

BERNARDA.- ¿Por qué no te gusta Nicolasito? ¿Lo hallas

muy viejo?

LUCIA.- No es por eso, mamá, sino porque ... ¡vaya! Soy capaz de perdonarle los años a un pretendiente, pero no la tontería.

BERNARDA.- Eres una niña de buen sentido, pues nada hay más perdonable que los años cuando van acompañados de talento, de rectitud y de cordura. Un hombre de buena edad, es de lo único que puede hacerse un marido en razón, prudente, discreto ...

LUCIA.- Entonces, mamá, ¿es un viejo el que ...

BERNARDA.- No, hijita. ¿Cómo te había yo de querer unir con un viejo chocho? ¡Eso sí que no! Nuestros novios son dos mozos solteros, el uno con pocos años menos que el otro, pero ninguno de ellos es un viejo verde o un mozalbete destornillado e inconstante. En fin, Lucía, pronto hemos de ver llegar a nuestros futuros y tú me dirás si me he engañado en la elección.

LUCIA .- ¿Y dice usted que yo los conozco?

BERNARDA.- Sí, hija mía ... Y para que veas que no te engaño, míralos, ¡allí están! (*Mostrando con el dedo a don Cayetano y a Alberto que aparecen en la puerta del fondo*).

LUCIA.- ¡Ah, don Cayetano! (*Aparte*). ¡Y también Alberto! (*A las recién llegados*): ¡Qué sorpresa tan agradable!

CAYETANO.- (*A Lucía, mientras Alberto saluda especial-*

mente a *doña Bernarda*). La palabra agradable me agrada tanto en su boca, como me sorprende la palabra sorpresa, pues ésta me indica que su mamá no le ha dicho a usted lo que

..

BERNARDA.- Se lo he dicho todo, amigo mío .. pero, sin nombrar personas ... para ver qué efecto hacía la presencia de ustedes. (*Se forman dos grupos uno de Alberto y Lucía a la izquierda del espectador, y otro de don Cayetano doña Bernarda, a la derechas que hablan o afectan hablar según lo indica el diálogo*).

ALBERTO.- (*Saludando aparte a Lucía*) ¡Qué feliz soy con verte!

LUCIA.- (*Aparte a Alberto*): ¡Y yo! Mi mamá no quería decirme, pero ya mi corazón te había adivinado.

CAYETANO.-¿Es decir, que ninguno de los dos seremos condenados a muerte?

BERNARDA.- Ya le digo a usted que esas palabras "agradable sorpresa" de Lucía, se lo explicarán todo.

CAYETANO.-¡Oh, las dulces palabras de una mujer tienen . cierta magia para encantar nuestro corazón!

BERNARDA.- (*Mirando a Alberto*). Yo nada dije al ver a ustedes, porque el placer no sólo produce exclamaciones, sino también el silencio en nosotras las mujeres.

ALBERTO. - (*A doña Bernarda*). Mi corazón, señora, me di-

ce en este momento que las últimas palabras de mi tío son verdaderas.

CAYETANO. - (*Aparte a doña Bernarda*). ¿No le decía a usted? Eso que usted ha dicho le ha llegado al corazón.

BERNARDA. - (*Aparte a don Cayetano*). ¿Y le ha dicho él que me ama?

CAYETANO.- (*Idem*). Usted va a verlo.

LUCIA.- (*Aparte a Alberto*). ¿Y si me amabas de ese modo, por qué no me lo dijiste en los baños?

ALBERTO. - (*Idem*) ¡No me atreví, alma mía!

LUCIA.- (*Idem*). Sin embargo, bien pudiste entender las miradas de mis ojos, con las que a mi pesar yo te manifestaba mi cariño.

ALBERTO.- (*Idem*) Es que temía ... Muchas veces te escribí, pero luego rasgaba las cartas, porque nunca Podía expresarte en ellas mis sentimientos ... Un día, medio loco, le escribí una larga carta a tu mamá, solicitando tu mano ... Mi tío me encontró escribiéndola y la rasgué; pero él leyó los pedazos y se hizo dueño de mi secreto.

LUCIA.- (*Idem*). Ahora. comprendo por qué te ha traído .

ALBERTO.- (*Idem*). Me ha dicho que tu mamá me acepta.

LUCIA.- (*Idem*) Y pudo haber agregado que yo te amaba ... Cuando mamá me hablaba, ahora poco,

de mi novio ... yo pensaba en ti ... ella no quería decirme el nombre; y al mencionar yo a varios jóvenes, para ver si aceptaba, te confesaré que te tuve en los labios, pero no pude pronunciar esta linda palabra: Alberto.

CAYETANO.-Ahora que he oído mi sentencia de sus labios, vaya decir dos palabras a Lucía. (*Se aproxima a ella*).

ALBERTO.- (*Acercándose a doña Bernarda*). ¡Ah, señora de mi corazón, usted me hace el más feliz de los hombres. Permítame besarle las manos, en prueba de mi reconocimiento ...

BERNARDA.- ¡Ah! ¿Sólo es reconocimiento lo que mueve tu corazón, Alberto?

ALBERTO.- ¡No, señora! Es también el amor más grande y puro que puede sentir un hombre. Jamás había tenido un día tan feliz como éste ... En esta casa me siento como si estuviera en la mía, desde que sé que hay en ella un corazón que me ama ...

BERNARDA.- Y puedes estar seguro de ello.

ALBERTO.- Gracias, señora ... Mi cariño por usted se ha aumentado desde que estoy seguro de mi amor y lo no sé por qué ... ¡Pero no! Sí lo sé ... Comprendo muy bien por qué. En esta casa lo encuentro todo bello bellísimo

CAYETANO.-¡Bravo sobrino. Así me gusta .. Es preciso decir claro las cosas, sobre todo cuando son cosas del corazón. (*A Lucía*). ¿Qué te parece, sobrinito?

LUCIA.- Muy bien, señor; y lo quiero tanto más, cuanto más lo oigo atestiguarle su cariño a mi mamá

CAYETANO.- Se conoce que eres una buena hija: por consiguiente serás una buena esposa. *(A Alberto, mostrándole con el dedo a Lucía).* Oye, sobrino mío, te encargo que me la quieras, que me la cuides mucho.

ALBERTO.- Jamás me ha hecho usted, tío querido, un encargo tan dulce como éste.

LUCIA.- *(A Alberto).* No, también te amenazo no quererte, si no quieres mucho a mi mamá

BERNARDA.- *(Corre a abrazar a Lucía).* ¡Gracias, hija mía! *(Hablando aparte con ella):* Dime, ¿qué le has contestado?

LUCIA - *(Idem)* Que lo amo como él me ama. ¿Y usted?

BERNARDA -. Yo le he significado lo mismo.

LUCIA - *(Idem).* Pero dígame, ¿le ha dicho él que la quiere?

BERNARDA.- Sí, mi alma Ya ti, ¿qué te ha dicho él?

LUCIA.- *(Idem).* Que me adora

CAYETANO.-*(Aparte a Alberto).* Con que, sobrino mío, ya debes estar contento.

ALBERTO.- *(Idem).* Contentísimo tío. Ella me ama.

CAYETANO.- (*Idem*) Pues lo mismo me pasa a mí. .. ¡Con decirte que ella me acaba de jurar que ha soñado con nosotros en todo este último tiempo!

BERNARDA.- (*Separándose de Lucía y yendo hacia don Cayetano*). ¡Amigo mío! Soy doblemente feliz. Venga usted acá, (*Aparte a don Cayetano*). ¡Abraze usted a su madre!

CAYETANO.- (*Abrazándola*). ¡Sí, sí! Me gusta la idea ... ¡Venga un abrazo bien apretado! (*Aparte a doña Bernarda*). ¡La muchacha me quiere como a la niña de mis ojos!

BERNARDA.- (*Idem*). ¡Y él me adora, amigo mío!

LUCIA.- (*Aparte a Alberto*). Mira, Alberto, cuánto es lo que tu tío quiere a mi mamá.

ALBERTO.- (*Aparte a Lucía*). No tanto como lo que yo te amo a tí.

LUCIA.- (*A don Cayetano*). Cuanto más ame usted a mi mamacita, tanto más lo querré yo.

CAYETANO.- (*A Lucía*). ¡Pichoncita! Pues mira cómo le doy otro abrazo, para aumentar tu amor. (*Abraza de nuevo a doña Bernarda*).

ALBERTO.- (*Aparte a Lucía*). Ellos se abrazan. ¿Por qué no hemos de seguir nosotros también ese dulcísimo ejemplo?

LUCIA.- (*Aparte a Alberto*). ¡Dices bien, amor mío!

ALBERTO.- (*Abrazando a Lucía*). ¡Oh! ¡Cuánto te amo,

querida de mi alma!

CAYETANO.- (*Mirando de reojo a la pareja. Aparte.*) ¡Caramba con el sobrinito, que abraza de veras (A Alberto) Despacito, amigo despacito por las piedras ..

ALBERTO.- Tío señora .. perdonen ustedes .. yo ..

CAYETANO.-Bueno es que le manifiestes tu cordialidad, pero aquí -internos- ese abrazo ha sido algo exagerado ... Te he dicho que me la quieras; pero que ello sea hasta cierto punto ...

LUCIA.- ¿Hasta cierto punto? ¿Cómo es eso, señor? ¿Cree usted que yo estaría contenta con que usted amase a mi mamá sólo hasta cierto punto?

CAYETANO.- Pero, Lucía...

BERNARDA.- (*A don Cayetano*). No le haga caso, amigo mío; vea que es una muchacha sin mundo y sin experiencia.

CAYETANO.- Tiene usted razón, pero ...

BERNARDA.- Una vez casada, entrará en vereda. Así somos las mujeres.

CAYETANO.-Sí, sí! Entraremos todos en la vereda del amor. (*Se colocan los cuatro formando un cuadrado, de modo que doña Bernarda a la izquierda, y Alberto a la derecha, estén en el primer término. En el segundo término, estaban don Cayetano a la derecha y Lucía a la izquier-*

da). Es una marcha triunfal que debemos emprender pronto. amigas mías, salvo el parecer de ustedes.

BERNARDA.- Nos conformamos con él.

ALBERTO.- ¿Y tú que dices, Lucía?

LUCIA.- Mi mamá me ha dicho que nosotras las mujeres no debemos jamás oponernos a los deseos de ... de ... nuestros esposos.

CAYETANO.- ¡Bien, señora! Bien enseñadita la tiene. Ahora mismo nos casamos y mañana nos largamos con camas y petacas a la hacienda. Vámonos Alberto, a arreglar nuestras diligencias. Despídete de la señora mientras yo ... (*Se dirige con los brazos abiertos hacia Lucía*)

LUCIA.- (Yendo a abrazar a don Cayetano). ¡Tío mío!

ALBERTO.- (Abrazando a doña Bernarda). ¡Mi querida madre!

CAYETANO.- ¡Su tío! (*Da un paso atrás*).

BERNARDA.- ¡Su madre! (*A don Cayetano*). ¿Qué significa esto, señor?

CAYETANO.- Eso mismo iba a preguntar a usted.

BERNARDA.- Pues yo no entiendo ni una palabra.

CAYETANO.- Y yo estoy en ayunas ... ¡Su tío!

BERNARDA.- ¡Su madre! ¡Explícame esas palabras, Al-

berto!

CAYETANO.-Y tú, Lucía, dime, ¿por qué me has dado ese título?

ALBERTO.- (*A doña Bernarda*). Yo no veo la causa de tanta admiración ... Si yo me vaya casar con Lucía, claro es que puedo llamarla a usted mi madre.

LUCIA.- (*A don Cayetano*) y yo digo si me he de casar con Alberto, claro es que puedo llamarle a usted mi tío.

BERNARDA Y CAYETANO.- ¡Ah!

LUCIA.- (*A don Cayetano*) Pero si usted, por ser el esposo de mi mamá prefiere que le de el nombre de padre, lo haré con mucho gusto.

ALBERTO.- (*A doña Bernarda*). Y si usted quiere que la llame tía, puesto que ha de ser la mujer de mi querido tío, no tengo inconveniente.

CAYETANO.- (*Poniéndose un dedo en la frente*). ¡Ahora sí que ya voy entendiendo el negocio! (*A doña Bernarda, con la cual sigue hablando aparte, mientras Lucía y Alberto se unen para hablar en secreto en el otro extremo*). Dígame, señora, ¿no comprende usted ya todo este enredo?

BERNARDA.- Demasiado bien, por desgracia.

CAYETANO.-Cierto que ha sido un chasco salado; pero en este mundo es preciso sacar partido de todo para ser feliz. ¿Quiere que hagamos una cosa?

BERNARDA.- ¿Qué cosa?

CAYETANO.- Que dejemos a esos muchachos en su dulce error. Amo demasiado a Lucía para que quiera verla casada con su padre.

BERNARDA.- Soy de su mismo parecer ... Yo tampoco quiero casarme con mi hijo.

CAYETANO.- En cuanto. a este pobre muchacho, a quién siempre he querido mucho ... sería una crueldad separarlo de Lucía.

BERNARDA.- Y yo no tendría valor para hacer una cosa semejante con mi pobre hija.

CAYETANO.- Esto es por lo que toca a ellos. Ahora, por lo que atañe a nosotros ... es menester que sigamos el ejemplo que ellos nos dan.

BERNARDA.- ¿Qué dice usted?

CAYETANO.- Digo, señora, que aquí la perdí y aquí la he de hallar. Yo no soy de esos hombres que se ahogan en poca agua. He venido a casarme y volveré casado a mi hacienda. ¿Qué le parece a usted ?

BERNARDA.- Que es una resolución muy cristiana; pero todavía no sé lo que usted quiere decir ...

CAYETANO.- Que bien pensado, señora, debemos agradecerles a estos muchachos la jugada que, sin saberlo ellos mismos, nos han hecho. Hemos olvidado aquello de "Cada oveja con su pareja",

y hemos cambiado los frenos, como dicen en mi tierra. Hagámonos perdonar nuestra locura, volviendo sobre nuestros pasos. Si ellos se casan allá entre sí, casémonos nosotros acá internos.

BERNARDA.- ¡Oh!, en cuanto a eso ... yo ...

CAYETANO.- Si me hallaba bueno para marido de su hija, ¿por qué no me encuentra regularcito siquiera para usted?

BERNARDA.- Con esa razón quedo vencida. Acepto.

CAYETANO.- ¡Viva la patria! ¡Aquí la perdí y aquí la encontré! ... ¡Hijos míos, venid acá!. .. (*Lucía y Alberto se acercan al grupo formado por don Cayetano y doña Bernarda*), Lo dicho, dicho. Mañana nos vamos bien casaditos a la hacienda, donde viviremos los cuatro juntos. (*Se abrazan los cuatro*). (*Aparte a doña Bernarda*). ¿No le parece, señora, que esto vale mucho más que ... lo otro?

TELON

BALDOMERO LILLO (1867-1923)

OBRAS: *Sub-Terra, Sub-Sole, Relatos Populares (obra póstuma)*.

LA COMPUERTA NUMERO 12

Pablo se aferró instintivamente a las piernas de su padre. Zumbábanle los oídos y el piso que huía debajo de sus pies le producía una extraña sensación de angustia. Creíase precipitado en aquel agujero cuya negra abertura había entrevisto al penetrar en la jaula, y sus grandes ojos miraban con espanto las lóbregas paredes del pozo en el que se hundían con vertiginosa rapidez. En aquel silencioso descenso sin trepidación ni más ruido que el del agua goteando sobre la techumbre de hierro, las luces de las lámparas parecían prontas a extinguirse y a sus débiles destellos se delineaban vagamente en la penumbra las hendiduras y partes salientes de las rocas: una serie interminable de negras sombras que volaban como saetas hacia lo alto.

Pasado un minuto, la velocidad disminuyó bruscamente, los pies asentáronse con más solidez en el piso fugitivo y el pesado armazón de hierro, con una áspero rechinar de goznes y cadenas, quedó inmóvil a la entrada de la galería.

El viejo tomó de la mano al pequeño y juntos se internaron en el negro túnel. Eran de los primeros en llegar y el movimiento de la mina no empezaba aún. De la galería bastante alta para permitir al minero erguir su elevada talla, sólo se distinguía parte de la techumbre cruzada por gruesos maderos. Las paredes laterales permanecían invisibles en la

oscuridad profunda que llenaba la vasta y lóbrega excavación.

A cuarenta metros del pique se detuvieron ante una especie de gruta excavada en la roca. Del techo agrietado, de color de hollín, colgaba un candil de hoja de lata cuyo macilento resplandor daba a la estancia la apariencia de una cripta enlutada y llena de sombras. En el fondo, sentado delante de una mesa, un hombre pequeño, ya entrado en años, hacía anotaciones en un enorme registro. Su negro traje hacía resaltar la palidez del rostro surcado por profundas arrugas. Al ruido de pasos levantó la cabeza y fijó una mirada interrogadora en el viejo minero, quien avanzó con timidez, diciendo con voz llena de sumisión y de respeto:

-Señor, aquí traigo el chico.

Los ojos penetrantes del capataz abarcaron de una ojeada el cuerpecillo endeble del muchacho. Sus delgados miembros y la infantil inconsciencia del morenazo rostro en el que brillaban dos ojos muy abiertos como de medrosa bestezuela, lo impresionaron desfavorablemente, y su corazón endurecido por el espectáculo diario de tantas miserias, experimentó una piadosa sacudida a la vista de aquel pequeñuelo arrancado a sus juegos infantiles y condenado, como tantas infelices criaturas, a languidecer miserablemente en húmedas galerías, junto a las puertas de ventilación. Las duras líneas de su rostro se suavizaron y con fingida aspereza le dijo al viejo que muy inquieto por aquel examen fijaba en él una ansiosa mirada:

-¡Hombre! Este muchacho es todavía muy débil para el trabajo. ¿Es hijo tuyo?

-Sí, señor.

-Pues debías tener lástima de sus pocos años y antes de enterrarlo aquí enviarlo a la escuela por algún tiempo.

-Señor -balbuceó la voz ruda del minero en la que vibraba un acento de súplica-, somos seis en casa y uno solo el que trabaja, Pablo cumplió ya los ocho años y debe ganar el pan que come y, como hijo de minero, su oficio será el de sus mayores, que no tuvieron nunca otra escuela que la mina.

Su voz opaca y temblorosa se extinguió repentinamente en un acceso de tos, pero sus ojos húmedos imploraban con tal insistencia, que el capataz vencido por aquel mudo ruego llevó a sus labios un silbato y arrancó de él un sonido agudo que repercutió a lo lejos en la desierta galería. Oyóse un rumor de pasos precipitados y una oscura silueta se dibujo en el hueco de la puerta.

-Juan -exclamó el hombrecillo, dirigiéndose al recién llegado- lleva este chico a la compuerta número doce, reemplazará al hijo de José, el carretillero, aplastado ayer por la corrida.

Y volviéndose bruscamente hacia el viejo, que empezaba a murmurar una frase de agradecimiento, díjole con tono duro y severo:

-He visto que en la última semana no has alcanzado a los cinco cajones que es el mínimun diario que se exige de cada barretero. No olvides que si esto sucede otra vez, será preciso darte de baja para que ocupe tu sitio otro más activo.

Y haciendo con la diestra un ademán enérgico, lo despidió.

Los tres se marcharon silenciosos y el rumor de sus pisadas fue alejándose poco a poco en la oscura galería. Caminaban entre dos hileras de rieles cuyas traviesas hundidas en suelo fangoso trataban de evitar alargando o acortando el paso, guiándose por los gruesos clavos que sujetaban las barras de acero. El guía, un hombre joven aún, iba delante y más atrás con el pequeño Pablo de la mano seguía el viejo con la barba sumida en el pecho, hondamente

preocupado. Las palabras del capataz y la amenaza en ellas contenida habían llenado de angustia su corazón. Desde algún tiempo su decadencia era visible para todos; cada día se acercaba más al fatal lindero que una vez traspasado se convierte al obrero viejo en un trasto inútil dentro de la mina. En balde desde el amanecer hasta la noche durante catorce horas mortales, revolviéndose como un reptil en la estrecha labor, atacaba la hulla furiosamente, encarnizándose contra el filón inagotable que tantas generaciones de forzados como él arañaban sin cesar en las entrañas de la tierra.

Pero aquella lucha tenaz y sin tregua convertía muy pronto en viejos decrepitos a los más jóvenes y vigorosos. Allí en la lóbrega madriguera húmeda y estrecha, encorvábanse las espaldas y aflojábanse los músculos y, como el potro resabiado que se estremece tembloroso a la vista de la vara, los viejos mineros cada mañana sentían tiritar sus carnes al contacto de la veta. Pero el hambre es aguijón más eficaz que el látigo y la espuela, y reanudaban taciturnos la tarea agobiadora, y la veta entera acribillada por mil partes por aquella carcoma humana, vibraba sutilmente, desmoronándose pedazo a pedazo, mordida por el diente cuadrangular del pico, como la arenisca de la ribera a los embates del mar.

La súbita detención del guía arrancó al viejo de sus tristes cavilaciones. Una puerta les cerraba el camino en aquella dirección, y en el suelo arrimado a la pared había un bulto pequeño cuyos entornos se destacaron confusamente heridos por las luces vacilantes de las lámparas: era un niño de diez años acurrucado en un hueco de la muralla.

Con los codos en las rodillas y el pálido rostro entre las manos enflaquecidas, mudo e inmóvil, pareció no percibir a los obreros que transpusieron el umbral y lo dejaron de nuevo sumido en la oscuridad. Sus ojos abiertos, sin expresión, estaban fijos obstinadamente hacia arriba, absortos tal vez en la contemplación de un panorama imaginario que, como

el miraje del desierto, atraía sus pupilas sedientas de luz, húmedas por la nostalgia del lejano resplandor del día.

Encargado del manejo de esa puerta, pasaba las horas interminables de su encierro sumergido en un ensimismamiento doloroso, abrumado por aquella lápida enorme que ahogó para siempre en él la inquieta y grácil movilidad de la infancia, cuyos sufrimientos dejan en el alma que los comprende una amargura infinita y un sentimiento de execración acerbo por el egoísmo y la cobardía humanos.

Los dos hombres y el niño después de caminar algún tiempo por un estrecho corredor, desembocaron en una alta galería de arrastre de cuya techumbre caía una lluvia continua de gruesas gotas de agua. Un ruido lejano, como si un martillo gigantesco golpease sobre sus cabezas la armadura del planeta, escuchábase a intervalos. Aquel rumor, cuyo origen Pablo no acertaba a explicarse, era el choque de las olas en las rompientes de las costas. Anduvieron aún un corto trecho y se encontraron por fin delante de la compuerta número doce.

-Aquí es -dijo el guía, deteniéndose junto a la hoja de tablas que giraba sujeta a un marco de madera incrustado en la roca.

Las tinieblas eran tan espesas que las rojizas luces de las lámparas, sujetas a las viseras de las gorras de cuero, apenas dejaban entrever aquel obstáculo.

Pablo, que no se explicaba ese alto repentino, contemplaba silencioso a sus acompañantes, quienes después de cambiar entre sí algunas palabras breves y rápidas, se pusieron a enseñarle con jovialidad y empeño el manejo de la compuerta. El rapaz, siguiendo sus indicaciones, la abrió y cerró repetidas veces, desvaneciendo la incertidumbre del padre que temía que las fuerzas de su hijo no bastasen para aquel trabajo.

El viejo manifestó su contento, pasando la callosa mano por la inculta cabellera de su primogénito, quien hasta allí no había demostrado cansancio ni inquietud. Su juvenil

imaginación impresionada por aquel espectáculo nuevo y desconocido se hallaba aturdida, desorientada. Parecía a veces que estaba en un cuarto a oscuras y creía ver a cada instante abrirse una ventana y entrar por ella los brillantes rayos del sol, y aunque su inexperto corazoncillo no experimentaba ya la angustia que le asaltó en el pozo de bajada, aquellos mimos y caricias a que no estaba acostumbrado despertaron su desconfianza.

Una luz brillo a lo lejos en la galería y luego se oyó el chirrido de las ruedas sobre la vía, mientras un trote pesado y rápido hacía retumbar el suelo.

-¡Es la corrida! -exclamaron a un tiempo los dos hombres.

-Pronto, Pablo -dijo el viejo-, a ver cómo cumples tu obligación.

El pequeño con los puños apretados apoyo su diminuto cuerpo contra la hoja que cedió lentamente hasta tocar la pared. Apenas afectada esta operación, un caballo oscuro, sudoroso y jadeante, cruzó rápido delante de ellos, arrastrando un pesado tren cargado de mineral.

Los obreros se miraron satisfecho. El novato era ya un portero experimentado, y el viejo, inclinando su alta estatura, empezó a hablarle zalameramente: él no era ya un chicleo, como los que quedaban allá arriba que lloran por nada y están siempre cogidos de las faldas de las mujeres, sino un hombre valiente, nada menos que un obrero, es decir, un camarada a quien había que tratar como tal. Y en breves frases le dio a entender que les era forzoso dejarlo solo; pero que no tuviese miedo, pues había en la mina muchísimos otros de su edad, desempeñando el mismo trabajo; que él estaba cerca y vendría a verlo de cuando en cuando, y una vez terminada la faena regresarían juntos a casa.

Pablo oía aquello con espanto creciente y por toda respuesta se cogió con ambas manos de la blusa del minero. Hasta entonces no se había dado cuenta exacta de lo que se exigía de él. El giro inesperado que tomaba lo que creyó

un simple paseo, le produjo un miedo cerval, y dominado por un deseo vehementísimo de abandonar aquel sitio, de ver a su madre y a sus hermanos, de encontrarse otra vez a la claridad del día, sólo contestaba a las afectuosas razones de su padre con un “¡vamos!” quejumbroso y lleno de miedo. Ni promesas ni amenazas lo convencían, y el “¡vamos padre!”, brotaba de sus labios cada vez más dolorido y apremiante.

Una violenta contrariedad se pintó en el rostro del viejo minero; pero al ver aquellos ojos llenos de lágrimas, desolados y suplicantes, levantados hacia él, su naciente cólera se trocó en una piedad infinita; ¡era todavía tan débil y pequeño! Y el amor paternal adormecido en lo íntimo de su ser recobró de súbito su fuerza avasalladora.

El recuerdo de su vida, de esos cuarenta años de trabajo y sufrimiento se presentó de repente a su imaginación, y con honda congoja comprobó que de aquella labor inmensa sólo le restaba un cuerpo exhausto que tal vez muy pronto arrojarían de la mina como un estorbo, y al pensar que idéntico destino aguardaba a la triste criatura, le acometió de improviso un deseo imperioso de disputar su presa a ese monstruo insaciable, que arrancaba del regazo de las madres a los hijos apenas crecidos para convertirlos en esos parias, cuyas espaldas reciben con el mismo estoicismo el golpe brutal del amo y las caricias de la roca en las inclinadas galerías.

Pero aquel sentimiento de rebelión empezaba a germinar en él se extinguió repentinamente ante el recuerdo de su pobre hogar y de los seres hambrientos y desnudos de los que era el único sostén, y su vieja experiencia le demostró lo insensato de su quimera. La mina no soltaba nunca al que había cogido, y como eslabones nuevos que sustituyen a los viejos y gastados de una cadena sin fin, allí abajo los hijos sucedían a los padres y en el hondo pozo el subir y bajar de aquella marea viviente no se interrumpiría jamás. Los pequeñuelos respirando el aire emponzoñado de la mina

crecían raquíticos, débiles, paliduchos, pero había que resignarse, pues para eso habían nacido.

Y con resuelto ademán el viejo desenrolló de su cintura una cuerda delgada y fuerte y a pesar de la resistencia y súplicas del niño lo ató con ella por mitad del cuerpo y aseguró, en seguida, la otra extremidad en un grueso perno incrustado en la roca. Trozos de cordel adheridos a aquel hierro indicaban que no era la primera vez que prestaban un servicio semejante.

La criatura medio muerta de terror lanzaba gritos penetrantes de vaporosa angustia, y hubo que emplear la violencia para arrancarle de entre las piernas del padre, a las que se había asido con todas sus fuerzas. Sus ruegos y clamores llenaban la galería, sin que la tierna víctima, más desdichada que el bíblico Isaac, oyese una voz amiga que detuviera el brazo paternal armado contra su propia carne, por el crimen y la iniquidad de los hombres.

Sus voces llamando al viejo que se alejaba tenía acenotos tan desgarradores, tan hondos y vibrantes, que el infeliz padre sintió de nuevo flaquear su resolución. Mas, aquel desfallecimiento sólo duró un instante, y tapándose los oídos para no escuchar aquellos gritos que le atenaceaban las entrañas, apresuró la marcha apartándose de aquel sitio. Antes de abandonar la galería, se detuvo un instante, y escuchó: una vocecilla tenue como un soplo clamaba allá muy lejos, debilitada por la distancia:

-¡Madre! ¡Madre!

Entonces echó a correr como un loco, acosado por el doliente vagido, y no se detuvo sino cuando se halló delante de la veta, a la vista de la cual su dolor se convirtió de pronto en furiosa ira y, empuñando el mango del pico, la atacó rabiosamente. En el duro bloque caían los golpes como espesa granizada sobre sonoros cristales, y el diente de acero se hundía en aquella masa negra y brillante, arrancando trozos enormes que se amontonaban entre las piernas del

obrero, mientras un polvo espeso cubría como un velo la vacilante luz de la lámpara.

Las cortantes aristas del carbón volaban con fuerza, hiriéndole el rostro, el cuello y el pecho desnudo. Hilos de sangre mezclábanse al copioso sudor que inundaba su cuerpo, que penetraba como una cuña en la brecha abierta, ensanchándola con el afán del presidiario que horada el muro que lo oprime; pero sin la esperanza que alienta y fortalece al prisionero: hallar al fin de la jornada una vida nueva, llena de sol, de aire y de libertad.

LA CHASCUDA

Hacía ya dos años que era juez de distrito en X, empezó nuestro amigo, cuando las hazañas de La Chascuda me obligaron a tomar cartas en el asunto para investigar lo que hubiese de verdad en los fabulosos cuentos que relataban los campesinos, acerca del misterioso fantasma que traía aterrorizados a los caminantes que tenían precisión de pasar por la Angostura de la Patagua.

El primer mes pasaron de doce los viajeros que tuvieron que habérselas con él y este número fue en aumento en el segundo y tercer mes hasta que, por fin, no hubo alma viviente que se atreviese a cruzar sin buena compañía por el sitio de la temerosa aparición. Este estaba situado en la medianía de la carretera que va desde mi hacienda, Los Maitenes, hasta el pueblo de X.

Llamábasele la Angostura de la patagua porque ahí el camino atravesaba una profunda zanja cavada por las aguas lluvias al borde mismo. de una hondísima quebrada en cuya ladera arraigaba una patagua gigantesca. Las ramas superiores cruzaban por encima de la carretera y cubrían el extremo inferior del foso. Aquel lugar, verdaderamente siniestro y solitario, era el que había elegido La Chascuda para sus apariciones nocturnas. Todos los que la habían visto estaban acordes en la descripción del fantasma y en los relatos que hacían de los detalles del encuentro. Referían que, al llegar a la zanja, un poco antes de pasar

por debajo de las ramas de la patagua el caballo deteníase de improviso, daba bufidos y trataba de encabritarse, y que cuando obligado por el látigo y la espuela descendía al foso, súbitamente se descolgaba del árbol y caía sobre la grupa del animal un monstruo espantable cuya vista producía en los jinetes tal terror que la mayoría se desmayaba con el susto.

El cuerpo del fantasma, con brazos y piernas descomunales, estaba cubierto de un pelaje largo y rojizo. La mitad del rostro era de hombre y la otra mitad era mujer. Pero lo que caracterizaba a la aparición y le había dado el nombre que tenía era su peculiarísima cabellera dividida en dos partes desde la nuca hasta la frente. En el lado derecho que correspondía al rostro de hombre era blanca como la nieve y estaba alisada y peinada cuidadosamente. En cambio, en el lado izquierdo, que correspondía al rostro de mujer, era negra .y enmarañada como chasca de potranca chúcara.

En cuanto el caballo sentía en las ancas aquello que parecía caer de las nubes, se tiraba de espaldas y se ponía a brincar y cocear hasta que el jinete rodaba por el . suelo. Otras veces era La Chascuda misma la que lo cogía por el pescuezo y lo arrojaba de la montura. Pasado el susto y el aturdimiento, el viajero se levantaba y seguía tras su espantada bestia, guiado por la luz de la luna, porque acontecía el hecho curioso de que La Chascuda no se presentaba jamás en las noches oscuras. Pero, lo más extraño del caso es que los sorprendidos de un modo por la aparición eran despojados de un modo misterioso de cuanto dinero u objeto de valor llevaban encima, como ser fajas de seda, frenos y espuelas de plata. ¿Era el fantasma el ladrón o algún caminante que aprovechándose de la pérdida del conocimiento de las víctimas los desvalijaba a "mansalva?

Esta última suposición era contradicha por algunos de los robados, quienes aseguraban que mientras estaban tendidos en tierra, paralizados por el terror, sentían, sin que les quedara la menor duda, cómo las manos del fantasma les

andaban en los bolsillos. Todos estaban también conformes en proclamar la prodigiosa fuerza de La Chascuda, que los tomaba por el cuello y los sacaba de la montura con una facilidad increíble. Muchos conservaban por algún tiempo, marcadas en la garganta, las huellas de las garras del monstruo. Mas, salvo alguna que otra contusión producida por la caída y la pérdida del portamonedas u otro objeto, los favorecidos por la aparición no tenían otra cosa que referir. Pero una mañana me despertaron a la salida del sol para imponerme de que había un muerto en la Angostura de la patagua.

Hice ensillar mi mejor caballo y me dirigí hacia allá acompañado de un grupo de huasos y del campesino que trajo la noticia, que era hermano del difunto.

Por el camino, el pobre muchacho me fue refiriendo el suceso. Estaba durmiendo, me dijo, cuando lo despertó el ladrido de los perros y el galope de un caballo que venía a escape por la carretera. Al enfrentar el rancho se detuvo lanzando resoplidos y relinchos. Abrió entonces el ventanillo que daba al camino y distinguió a la luz de la luna un caballo ensillado y sin jinete en el que reconoció inmediatamente al alazán de su hermano. Se vistió a toda prisa temiendo una desgracia y se dirigió al encuentro del animal. Este, que parecía muy asustado, no lo dejaba aproximarse y sólo con gran trabajo pudo poner pie en el estribo y colocarse sobre la montura, lanzándose en seguida a toda rienda en la dirección traída por la azorada bestia. Un presentimiento le decía que en la Angostura de la patagua iba a encontrar la razón del porqué el alazán había llegado a casa sin jinete. Y por desgracia este presentimiento se vio muy luego confirmado. En cuanto hubo llegado al declive de la zanja, el caballo se negó tenazmente a seguir adelante. Se desmontó, sacó la manea de la montura y la colocó en las patas delanteras del animal. Hecho esto, bajó por la pendiente y lo primero que se presentó a su vista fue el bulto de un hombre tendido de espaldas en el foso. Era Pancho,

su hermano menor, que aún no cumplía dieciocho años, Lo tomo en sus brazos y lo sacó afuera para examinarlo a la luz de la luna. Respiraba aún; lo llamó repetidas veces: ¡Pancho, Pancho! hasta que el joven abrió los ojos y lo reconoció, sin duda, porque le apretó las manos y después de algunos esfuerzos consiguió murmurar débilmente: ¡Fue La Chascuda, hermano! En seguida abrió la boca, lanzó, un quejido y expiró, Apenas se convenció de que estaba muerto montó a caballo y se vino, esa misma noche, a denunciarme lo ocurrido.

Le pregunté si el cadáver presentaba señales de golpes o heridas. Me contestó que nada había visto, pero que al difunto le faltaban las espuelas que eran de plata y la faja de seda de la cintura. Tampoco tenía el portamonedas en el que debía estar el producto de la venta de, unas riendas que habla llevado aquella mañana á la población.

Estaba el sol bastante alto cuando llegamos junto al cadáver. Como lo dijera el campesino, no tenía en el cuerpo señales de violencia, Se ha muerto de susto, decían mis acompañantes, pero yo tenía otra opinión que un atento examen confirmó plenamente: el desgraciado muchacho, sea a consecuencia de la caída o de otra causa, tenía rota la columna vertebral.

Mientras se improvisaba una parihuela para conducir al muerto, me ocupé en hacer una inspección del terreno. Hasta entonces no había dado gran importancia a las hazañas de La Chascuda, pero esta última habla pasado los límites de mi indiferencia al respecto, y estaba decidido a emplear la mayor actividad para descubrir al asesino . y castigar de uña vez por todas sus innumerables fechorías.

El paraje elegido por La Chascuda para sus asaltos se prestaba admirablemente para una emboscada. No había medio de eludir aquel mal paso. Me asomé al borde de la quebrada y examiné la viejísima patagua, cuyo copudo ramaje cubría como un toldo el pequeño barranco que cortaba la carretera.

El resultado de esta inspección vino a confirmarme en la creencia de que sólo los pájaros podían salvar aquella enorme depresión del terreno. Tenía ya un hecho cierto.

El forajido no podía venir ni huir por ese lado. Para llegar hasta la patagua y para alejarse de ella tenía forzosamente que atravesar un espacio descubierto y liso como la palma de la mano. Nada más fácil entonces que ocultarse en el barranco y echarle la zarpa cuando se presentase a ejercer su lucrativo oficio. Este plan me pareció magnífico y decidí ponerlo en práctica esa misma noche, pero cuando iba a comunicarlo a los que me acompañaban me asaltó una reflexión: ¿No sería conveniente registrar el árbol por si se encontraba un indicio que nos guiase en la pesquisa? La idea era excelente, y para realizarla les indiqué se subiesen y escudriñasen entre las ramas. Con sólo ver la expresión de sus caras comprendí que se burlaban de mi proposición. ¿Rastrear a La Chascuda? ¡Seguirle la pista! ¡Sólo a un futre podía ocurrírsele semejante proyecto!

Uno de ellos no pudo resistir y me dijo socarronamente:

-No piense patrón, en seguirle el rastro a La Chascuda. Estas son cosas del otro mundo. Lo que hay que hacer es cortar la patagua y rellenar la zanja. Luego no estaría de más rezar algunos credos y desparramar un poco de agua bendita.

La idea de cortar la patagua y rellenar la zanja me pareció felicísima y determiné llevarla a cabo en cuanto nos apoderásemos del malhechor.

La inspección del ramaje y aun del tronco, para ver si había en él un hueco que sirviese de escondite, no dio ningún resultando, lo que acentuó la expresión irónica y triunfante que resplandecía en el rostro de los incrédulos campesinos.

Para abreviar diré a ustedes que, al anochecer, acompañado de seis jinetes elegidos entre los que me parecieron los más valientes e intrépidos del fundo, galopaba en demanda de la Angostura de la Patagua. La noche era oscura

y ni un alma encontramos en la solitaria carretera. Al llegar a una pequeña hondonada; a cuatro o cinco cuadras del temido paso, hice alto, ordené echar pie a tierra y expuse a mis acompañantes con toda claridad mi plan. Dos se quedarían al cuidado de los caballos y los otros cuatro marcharían al sitio de la aparición, donde se ocultarían lo mejor que pudiesen en los repliegues del barranco. En seguida yo, caballero en el mulato, fingiéndome un caminante cualquiera, cruzarla por debajo de la patagua y muy torpes debíamos ser, en caso de que apareciese La Chascuda, Ira dejarla escapar.

Contra lo que yo esperaba, este magnífico plan no despertó el menor entusiasmo entre mis oyentes Mudos e inmóviles como postes se quedaron cuando ordené

-¡Vamos, muchachos, entreguen las riendas a Venancio y a José y caminen sin ruido hacia la zanja! Una vez allí agazápanse bien en la sombra de la colina y descuélguense por la parte de arriba del barranco. De este modo, si La Chascuda está ya, como me parece, emboscada en la patagua, no podrá verlos; pero podría sentirlos por lo cual recomiendo la mayor prudencia,

Apenas hube concluido se dejó oír un murmullo de descontento y percibí claramente estas palabras dichas entre dientes:

-Yo no voy, yo tampoco, ni yo.

Sentí que se me subía la sangre a la cabeza y les dije con voz contenida pero temblorosa de cólera:

-¡Cobardes, van ejecutar inmediatamente mis órdenes ¡Ay del que desobedezca!

Ninguno se movió. Acostumbrado a que cumplieran mis mandatos al pie de la letra, bastándome a veces fruncir el ceño para que el más osado de ellos se echase a temblar, casi no podía concebir tal desacato, y ciego de rabia empuñé la huasca y empecé a repartir azotes a diestra y siniestra. Cuando cansado bajé el brazo; una voz que conocí ser la de Pedro me dijo:

-Patrón, llévenos a donde está la cuadrilla del Cola de

Chicharra¹ y aunque seamos uno contra diez no recularemos carta. Una cosa son duendes y ánimas en pena y otra hombres de carne y hueso. Un cristiano no debe ponerse a cazar fantasmas. Las cosas del otro mundo son sagradas, patrón, y el que se mete con ellas tienta a Dios, Nuestro Señor, que permite las apariciones.

Me calmé un tanto y traté de convencerlos de lo infundado de sus temores. Mas todo fue completamente inútil. Ni ofrecimiento ni amenazas dieron el menor resultado. La superstición era en ellos más fuerte que las más tentadoras promesas. A todas mis instancias sólo respondían: "

-A caballo, patrón.

Rabioso por este contratiempo me empiné en los estribos y les dije con un tono preñado de amenazas:

-¡Está bien, hato de cobardes, mañana ajustaremos cuentas!

Y volviendo riendas me encaminé resueltamente a la Angostura de la Patagua. Apenas me había alejado un poco cuando oí a mis espaldas la voz suplicante de José, mi sirviente de confianza, que me decía:

-¡Patrón, patroncito, vuélvase por Dios! La Chascuda es el diablo mismito. Venancio le vio la otra noche los cuernos y la cola.

Tiré de las riendas y me volví rabioso:

-¡Alto aquí, canalla -proferí-, al que se venga detrás lo mato como a un perro!

Y prometiéndome hacerles pagar bien cara su deserción, emprendí de nuevo la marcha. En ese momento apareció la luna iluminando brillantemente la campiña. Delante de mí, al pie de la escarpada colina, vi destacarse las ramas superiores de la patagua. A medida que me acercaba al camino saliendo de la hondonada, el negro follaje del árbol elevábase poco a poco dominando el de solado. paisaje Una reflexión nada grata, por cierto, me asaltó en ese momento. Pensé

¹ Bandolero de la época.

que si la famosa Chascuda estaba ya al acecho no podía menos que verme desde su observatorio en el sombrío ramaje. Mas mi resolución era irrevocable. Sucediera lo que sucediera, yo intentaría la aventura de pasar bajo el siniestro toldo, aunque supiese que el Diablo en persona iba a descolgármese encima .. Aumentaba mi valor la proximidad de mi gente que estaba seguro acudiría en mi auxilio a la primera señal.

Para mí no había duda de que el nocturno asaltante era algún vecino de los alrededores que se disfrazaba de fantasma para aterrar a las víctimas con la visión de su espantable vestimenta, lo cual le permitía desvalijarlos sin los riesgos que la violencia trae generalmente consigo. Mientras refrenaba la cabalgadura, manteniéndola al paso, iba mentalmente elaborando un plan de ataque y de defensa. Confiado en mis buenas piernas de jinete y en el brioso animal que me conducía, contaba con no dejarme sorprender por la espalda. Descendería al barranco oído alerta y ojo avizor y, al más leve crujido del ramaje clavaría espuelas y cruzaría la zanja como un relámpago. Muy lista debía ser La Chascuda si lograba caer sobre la grupa del caballo como era, según se decía, su modo habitual de acometer. Además del revólver, llevaba en el arzón delantero un afilado machete, arma que me parecía la más apropiada para un combate cuerpo a cuerpo con adversario que nos ataca de improviso.

Aunque no soy cobarde, a medida que me acercaba al temido sitio una extraña angustia me oprimía el pecho; experimentaba una sequedad a la garganta y el corazón me palpitaba con fuerza. Llegado al borde de la barranca y antes de empezar el descenso, escudriñé el espeso follaje, Por más que miré y remiré nada observé de sospechoso. Ni una hoja se movía en el árbol. Mas la calma, la soledad y el medroso silencio de aquel paraje embargáronme de tal modo el ánimo, que es a punto de torcer riendas y abandonar definitivamente la empresa. Pero esto sólo fue cosa de un segundo. Me afirmé en los estribos, desnudé el machete y

clavando las espuelas en los ijares del caballo me precipité en la barranca.

De lo que pasó en seguida sólo conservo un recuerdo confuso. Apenas me encontré debajo de la patagua, sentí que un enorme peso caía sobre mis hombros. Antes de que me diera cuenta exacta de la agresión, el mulato se levantó de manos y se tiró de espaldas. Me pareció que mi cabeza chocaba con algo blando y una espesa niebla veló mi vista. Mas no perdí del todo el conocimiento, pues sentí cómo unas manos ágiles me andaban en las ropas y me registraban los bolsillos. De pronto, haciendo un enorme esfuerzo, vencí aquella especie de sopor y me incorporé un espectáculo extraordinario se presentó a mis ojos. Sobre el borde opuesto del barranco había una extraña y horrible figura en la cual reconocí a La Chascuda tal como me la pintaran los campesinos. Mientras buscaba febrilmente el revólver o el machete, el fantasma se asió de una rama e izándose como un acróbata desapareció entre el follaje

Permanecí durante algún tiempo inmóvil y aturdido, hasta que de pronto un galope furioso me sacó de mi atolondramiento. Eran José, Venancio y los demás que gritaban:

-¡Patrón, patrón!

Me levanté de un brinco y salí a su encuentro. Me enterneció la alegría de los pobres muchachos. Me habían creído muerto al ver venir hacia ellos a revienta cincha, al mulato sin su jinete.

Para abreviar diré a ustedes que hicimos guardia toda la noche junto a la patagua. A pesar del golpe, de la pérdida del revólver, del machete y de la cartera, yo estaba contentísimo. El bandido había sido preso en sus propias redes. Al amanecer arrancaríamos al fantasma de su madriguera, en traje de carácter. Cómo me iba a reír al presentárselo a Venancio gido de una oreja:

-Toma, aquí tienes al Diablo que viste la otra noche. Pueden, pues, imaginarse el desconcierto que se apoderó de mí cuando al salir el sol se registró el árbol y no se en-

contró en él nada, absolutamente nada, ni siquiera una lagartija. Yo mismo recorrí el tronco de arriba abajo buscando algún hueco, algún escondrijo, alguna trampa, pero tuve que rendirme a la evidencia: La Chascuda se había desvanecido sin dejar tras de sí la menor huella, como un auténtico y legítimo fantasma.

Por primera vez dudé de la percepción de mis sentidos, y aun creí que el golpe en la cabeza había perturbado mis facultades. Era tan inverosímil, tan extraordinario lo que me pasaba que, por un instante, temí volverme loco. Y quién sabe hasta dónde hubiese llegado mi trastorno y el desequilibrio de mis ideas si no recibiera ese mismo día aviso de que mi padre estaba gravemente enfermo en la capital de la provincia

Abandoné precipitadamente el fundo y no regresé a él sino mes y medio después.

En la tarde del día siguiente de mi llegada fueron a avisarme que, mientras trillaba, el caballo de uno de los correedores a la estaca se hacía dado vuelta aplastando a su jinete, que fue retirado de la era con grandes contusiones internas. El herido quería, según lo expresaron los mensajeros, revelarme un secreto, para lo cual había pedido me llamasen sin demora. Cuando llegué, el enfermo parecía muy decaído, pero al verme se reanimo. Sus primeras palabras fueron:

-¿Se acuerda de mí, patrón?

Lo miré atentamente a pesar de lo demudado del semblante reconocí en aquel hombre al hermano del muchacho que vi una mañana muerto en la Angostura de a Patagua.

Hice un signo de asentimiento y el moribundo, con voz débil, continuó:

Lo que tengo que decirle es que hará cosa de un mes vi en unas carreras a un individuo cuya cara me era desconocida. Mientras topeábamos en la vara le divisé amarrada en la cintura una faja de seda igual a la de mi hermano. El color era el mismo y hasta tenía la misma mancha negruzca en la

flecada. Mientras más miraba aquella prenda más seguro estaba de no equivocarme. El debió, sin duda, sorprender mis miradas, porque desde ese momento empezó a esquivarse de mí, yéndose por otro lado. Las noticias que me dieron me dejaron muy caviloso y, atando cabos, se me ocurrió de repente una idea que fue como una corazonada. Sin perder tiempo me trasladé a la Angostura de la Patagua para ver si había acertado en mis sospechas. Me encaramé en el árbol y después de registrar un rato las ramas bajas del lado contrario al camino encontré lo que buscaba: entre dos ganchos muy juntos había un trozo de voqui² que parecía haber crecido allí, pero me bastó raspar con la uña para descubrir la cabeza de un grueso clavo en uno de sus extremos. Miré delante de mí y todo quedó explicado: frente a la Angostura, en el otro lado de la quebrada, hay como usted sabe un roble cuyas ramas más altas quedan muy cerca de la copa de la patagua. No necesité de más para saber dónde estaba escondido el columpio

Estas palabras del herido fueron para mí un rayo de luz. Le miré ansiosamente y él con voz débil prosiguió:

-Fui a casa, busqué un coligüe largo y fuerte y en una de sus puntas aseguré un viejo yatagán que mi hermano tenía siempre en la cabecera de su cama. Volví en seguida a la patagua y coloqué la quila entre los dos ganchos, apuntando al ramaje del roble. Una rozadura en el voqui me indicaba el punto preciso donde el columpio venía a chocar con su carga nocturna. Calculé que la punta del yatagán quedase a la altura del estómago y, dando una última mano a las amarras, me marché esperando llegase la noche que casualmente era de luna llena.

Ahora que sabía que La Chascuda no era un espíritu del otro mundo, la idea de la venganza no me dejaba sosegar.

² En el Diccionario Etimológico de Chiloé. Boqui, en el diccionario del habla Chilena; enredadera de Chile ... de tallo resistente y flexible.

Esa tarde la pasé en el campo y antes de que anocheciera del todo ya estaba yo oculto cerca de la barranca.

En cuanto salió la luna, mis ojos se clavaron en el ramaje del roble. Veía perfectamente el claro que había entre los dos árboles y esperaba lo que iba a suceder con el corazón palpitante de miedo y angustia. Poco a poco fue elevándose la luna en el cielo despejado, lleno de estrellas, y empezaba ya a cansarme cuando me pareció oír muy lejos el galope de un caballo en la carretera. Me volví hacia el roble y, en el mismo momento, un gran bulto salió de entre sus ramas y cruzó el claro en dirección a la patagua como un pájaro gigantesco. Fue algo como un relámpago. Oí un grito horrible. Los cabellos se me erizaron y eché a correr desatentado, perseguido por aquel espantoso alarido que desde aquella noche maldita no ha cesado de atormentarme.

Al llegar a este punto calló el enfermo y aunque hizo algunos esfuerzos para continuar no pudo conseguirlo: había entrado en agonía.

Para que ustedes comprendan mejor el relato del moribundo, díjonos nuestro huésped, bueno es que sepan que había sido años atrás descortezador de lúngues en la sierra de Nahuelbuta. Su oficio de línguero lo había familiarizado con el puente-columpio que usan los que habitan en los bosques para salvar las quebradas. Un procedimiento sencillo e ingenioso que permite fijar automáticamente el columpio en el punto de llegada quedando listo para el regreso.

Cuando la faja de seda lo hizo fijar la atención en el desconocido, una de las noticias que de él obtuvo fue que también había sido línguero. A este dato revelador había que agregar que había levantado su vivienda frente a la Angostura de la Patagua, en la vertiente opuesta de la Quebrada del Canelo, en una fecha que coincidía con las primeras apariciones del fantasma. Estos hechos y otros de menor importancia, según averigüé después, fueron los que despertaron las sospechas del astuto campesino y lo llevaron a descubrir el misterio.

Para terminar esta larga historia sólo me falta referirles que aquella.. misma tarde después de grandes fatigas, atando por sus extremidades una docena de lazos, se consiguió llegar al fondo de la quebrada y extraer el cadáver, Aunque en estado de extrema descomposición, como las malezas lo habían protegido de las aves de rapiña, estaba más o menos intacto. Conservaba su ridícula vestimenta: una especie de túnica de piel de carnero, teñida con anilina roja, y la grosera peluca de crines de caballo, blancos en un lado negros en el otro, que le había valido su famoso nombre. Un mohoso yatagán, con un trozo de coligüe atado a la empuñadura, atravesaba de parte a parte el enorme cuerpo, por encima de la tercera costilla.